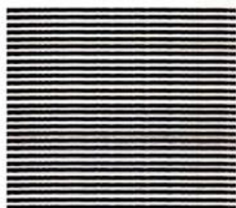
héroes del
ESPACIO

NOVELAS ECSA

HOMBRE CERO

LAW SPACE

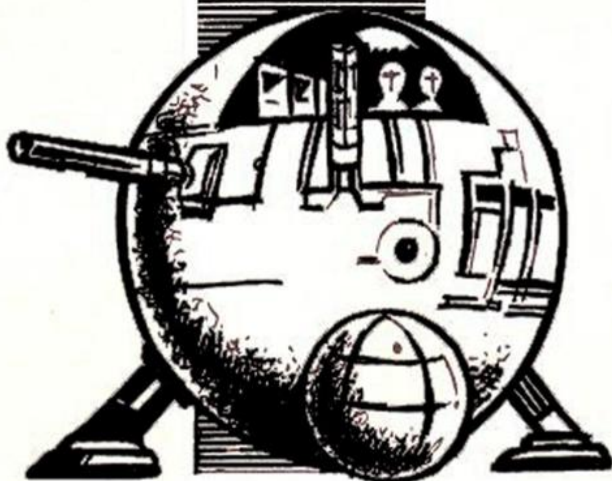
SOLO PARA ADULTOS



héroes del

ESPACIO





ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

25 — Incidente en tierra uno. — *Eric Sorenssen*.

26 — Micronauta. — *Curtis Garland*.

27 — Todos no somos hormigas. — *Law Space.*

28 — El caballero de las estrellas. — *Clark Carrados*.

29 — La tribu de Shalaw. — *Adam Surray*.

LAW SPACE

H O M B R E   C E R O

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 30
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 27.416-1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre. 1980

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES. S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 6

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

CAPITULO PRIMERO

—La imagen no es buena.

—Tampoco la recepción de sonido. ¡Todo es un asco! Pero de lo que puedes estar seguro, Lewis, es de que oí una voz que pedía socorro, y hasta me pareció escuchar un número, aunque no sé si era el siete o el ocho.

Fred, que escuchaba ansiosamente, estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo.

—Si la imagen fuera un poco más clara —dijo Lewis Ferr que era el que manejaba la pantalla—, sabríamos de qué esfera se trata.

Eso era precisamente lo que Fred Limmer deseaba: saber.

—La 7 está del lado de Santa Mónica, ¿verdad? —inquirió Harold Weston, el técnico de sonido.

—Sí —repuso Lewis—, pero la 8 ahora no sé dónde se encuentra.

Fred no tuvo más remedio que intervenir:

—La 8 está pegada a la frontera mexicana —informó.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Weston, volviéndose hacia él.

Ni Harold ni Lewis habían visto con muy buenos ojos la irrupción de aquel hombre en sus «dominios». En realidad, se lo encontraban por todas partes, y era esto lo que les había hecho calificarle como un inquieto.

El resto de la gente que se había refugiado en la esfera permanecía en sus alojamientos subterráneos, o en la sala de espectáculos.

—¿Cómo lo sabes? —insistió Harold.

—Porque Davinia está allí.

—¿Davinia?

—Sí, mi novia...

Lewis torció el gesto.

—¡Tiene gracia! —dijo sonriendo—. Su novia está en la 8. Y él en la 11. Si tuviste la oportunidad de entrar en las esferas, ¿por qué diablos no lo hicisteis los dos en la misma?

—Mi novia se llama Clark.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que es hija del profesor Konrad Clark, el etnólogo. Y que la 8 es la esfera especial, donde se refugiaron únicamente hombres de ciencia. ¿O es que no lo sabíais?

—Oímos hablar de una esfera especial —dijo Lewis—. En realidad, todas las esferas son especiales. Se tenía que ser también «muy especial» para encontrar sitio en una de ellas.

—Es cierto —dijo su compañero con el rostro ensombrecido—. A todos nos hubiera gustado traer a nuestras familias, a nuestras esposas o prometidas. Pero los sitios estaban ya dados con anterioridad.

—¡Un asco! —exclamó Lewis—. A nosotros nos trajeron porque éramos especialistas en transmisiones de todo tipo. Por eso estamos aquí.

—Pero por lo que veo, éste tuvo más enchufe que nadie, ya que consiguió un sitio para su novia.

Los ojos de Fred se encendieron con luces agresivas.

—¡No hay enchufe que valga! —protestó—. Davinia es profesora de psicología. Una eminencia en su especialidad. Por eso tuvo derecho a cobijarse en la esfera número 8.

—¿Y tú? —sonrió ásperamente Harold—. ¿Cuál es tu especialidad? ¿Meter las narices donde no te importa?

—Soy periodista y recibí mi tarjeta de admisión para esta esfera.

Lewis lanzó un suspiro.

—¡No lo entiendo! —dijo—. ¿Qué diablos pinta un periodista aquí?

—También me lo pregunto yo.

Fred empezaba a estar harto de aquellos dos estúpidos, pero armándose de paciencia, dijo:

—Yo puedo contestaros a esa pregunta —dijo—. El Consejo decidió anotar todos los acontecimientos desde el inicio de la Gran Catástrofe. Formo parte de un grupo de escritores y periodistas que, repartidos por las esferas, escribirán la crónica de estos tiempos.

—¿Y quién va a leer esas crónicas? —sonrió despectivamente Harold.

—Las generaciones futuras.

Lewis lanzó una sonora carcajada.

—¡No me digas! —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Las generaciones futuras. ¿Qué generaciones, iluso?

—Las venideras —insistió Limmer—. ¿O es que creéis que el mundo va a terminarse, que la especie humana va a desaparecer?

—Acabará en cuanto salgamos de las esferas.

—Nadie va a salir, al menos hasta que las condiciones del exterior sean normales. Tenemos, lo sabéis, víveres no «c» para diez años. Mucho antes de que esa década haya transcurrido, la Tierra volverá a ser habitable.

—¡La imagen! —gritó Harold en aquel momento.

Se volvieron, los tres, al unísono. La pantalla, de color ceniciento, fue cobrando color, hasta que se dibujó en ella el contorno de una esfera, brillante más que por la luz solar, por las llamaradas que la envolvían en parte.

—¡Diablos!

La imagen desapareció de nuevo; pero, instantes después, los altavoces de la sala, tras emitir una serie de silbidos, dejaron oír con bastante claridad una voz:

—¡Aquí la 7! ¡Nos están atacando! ¡Auxilio!

Luego, silencio.

Los tres hombres se miraron con una idéntica expresión de desconcierto e incomprensión.

—¿Que les atacan? —pronunció débilmente Lewis—. ¿Qué ha querido decir?

—No lo sé —replicó Harold.

—Pero —intervino Fred—, ¿quién puede atacarles?

—¡Esta maldita pantalla! —protestó Lewis—. ¡Justo ahora que necesitábamos saber!

—Era la 7 —suspiró el otro—. Está más arriba de San Francisco, pero sigo sin comprender cómo «ellos» pueden atreverse a atacar una esfera.

«Ellos».

La palabra puso un poco de frío en la espalda de Fred. Porque él «los» había visto...

* * *

Arthur Moore lanzó un breve suspiro.

Era un hombre alto, fuerte, pelirrojo, con ojos verdes salpicados

de puntos dorados. Buen chico. Profundamente humano y tremendamente audaz.

Cinco años de trabajar a su lado habían demostrado a Fred Limmer las inmensas cualidades de Moore. Además de ser un fotógrafo verdaderamente excepcional, tenía todas esas virtudes que hacen de un ser humano un perfecto camarada.

—Las noticias empeoran por momentos —dijo Arthur, echando ima ojeada al teletipo.

—La Humanidad se ha metido en un buen cisco —opinó Fred—. Pensábamos haber limitado a «C», pero se nos ha metido por todas partes.

—Hemos estado haciendo el burro demasiado tiempo —dijo el pelirrojo—. Casi cuarenta años deteriorándolo todo, riéndonos estúpidamente de la Naturaleza, pensando que podíamos arreglar las cosas cuando lo deseáramos.

—Hasta que «C» se ha salido con la suya.

«C», la letra que ocultaba el mayor peligro que el hombre había conocido desde el principio de los tiempos: LA CONTAMINACION.

—Europa, Asia, África, América, Oceania —dijo Amiral—. En todas partes ocurre lo mismo. La contaminación ha invadido los depósitos de alimentos y la gente se muere a montones o queda gravemente enferma.

—Las gentes están desesperadas. El trabajo se está paralizando rápidamente en todo el mundo. No hay médicos suficientes, ni medicinas, ni hospitales.

El insidioso tableteo del teletipo fue, en los minutos siguientes, el único sonido que pobló el silencio.

—París... Roma... Yakarta... —dijo el pelirrojo que no separaba los ojos de la cinta en movimiento—. No hay un solo lugar en la Tierra donde no se sufra de ese envenenamiento general. Los más afortunados mueren en seguida. Pero los otros...

Arthur se pasó la mano por la frente.

—Aquí ocurrirá lo mismo, aunque hemos tenido suerte de que las autoridades repartieran alimentos químicos, pastillas exentas de «C».

—Las pastillas se acabarán.

—Lo sé. Y la gran catástrofe se extenderá hasta California.

Se iluminó la pantalla de la televisión de circuito cerrado y apareció el rostro preocupado de Spencer, el director del periódico.

—Vengan en seguida a mi despacho.

Y la imagen desapareció.

* * *

—¡Vuelve a haber imagen!

Se acercaron a la pantalla, donde las líneas deformadas por la mala calidad de la transmisión iban regularizándose poco a poco. Manejando los mandos con manos nerviosas, Lewis iba consiguiendo una visión cada vez más perfecta.

Hasta que de repente...

La esfera número 7 apareció con toda nitidez; es decir, lo que de ella quedaba. Una gigantesca fisura se había abierto sobre su pulida superficie, y por ella penetraban en el interior hombres y mujeres, en medio de una confusión indescriptible.

—Lo han conseguido.

—No me lo explico —dijo Harold, que se había puesto mortalmente pálido—. El espesor de la sustancia que forma la esfera y la naturaleza de la misma fueron pensadas para recibir cualquier clase de proyectil.

—Algo ha debido fallar.

—¡Esperad! —exclamó Fred—. ¡Mirad esa pequeña nube que va ascendiendo sobre la esfera! Si no me equivoco, tiene forma de hongo.

—¡Cielos!

—Ahora se explica todo —dijo Harold—. «Ellos» han utilizado alguna clase de proyectil atómico.

—Pero... —dijo Lewis—. ¡No hay proyectiles atómicos en la Tierra! Poco después de la Gran Catástrofe, se destruyeron todos para evitar precisamente que «ellos» tuviesen acceso a esas armas destructoras.

—Por lo visto, no todas fueron destruidas.

—Es terrible. Si poseen esa clase de armamento, seguirán atacando las esferas, aunque lo que consigan será completamente inútil.

—Desde luego. Aunque se apoderen de los alimentos sin «C», que contienen esa esfera, ¿qué puede significar una cantidad limitada

para tanta gente? Además, en cuanto esa clase de nutrición entre en contacto con el aire del exterior, ¡volverá a contaminarse!

Fred no había dicho nada.

Porque comprendía los espantosos motivos que tenían «ellos» para actuar como lo estaban haciendo.

Nunca había aceptado la discriminación. La rechazaba de plano, viniera de quien viniese. Y cuando apareció la Gran Catástrofe y comprendió que, desesperadamente, se iba a intentar salvar a una pequeña parte de la humanidad, se sintió tremendamente triste, aunque él fuera uno de los elegidos.

Les comprendía.

Porque les había visto de cerca, porque sintió la espantosa desesperación que se había apoderado de «ellos», porque había contemplado sus cuerpos, y leído en sus ojos el indecible mensaje de odio que había nacido en su mente.

* * *

—Siéntense.

William M. Spencer parecía haber envejecido diez años en las últimas horas. Era, no obstante, la viva imagen de director de empresa periodística, con un cuerpo macizo, una frente amplia y unos ojos llenos de vida.

Todo aquello estaba ahora como difuminado; las arrugas del rostro, las patas de gallo, el sucio color de la piel y lo mortecino de sus pupilas que la preocupación y la ansiedad dilataban.

—Ha llegado el fin —dijo cuando los dos jóvenes se hubieron sentado—. Ese fin que no hemos dejado nunca de predecir en las páginas del periódico. Aunque todos supiésemos que nuestras advertencias caían en un pozo sin fondo.

—¿Tan mal van las cosas? —inquirió Arthur.

—Ya no van mal… no van, sencillamente. Y no es la cifra aterradora de muertos, que se suman por cientos de millones, ni los enfermos, sino la locura colectiva, el terror cósmico que se ha apoderado de la población del mundo.

—¿No hay nada que hacer?

—Nada. Es decir… aprovechando la suerte que ha tenido esta

parte de los Estados Unidos, lo que nos ha proporcionado un corto pero fructífero respiro, se están construyendo a toda prisa unas docenas de esferas especiales en las que se almacenarán víveres sin «C», acogerán trescientas personas cada una.

Una triste sonrisa entreabrió ligeramente sus labios.

—Una especie de Arca de Noè, pero sin animales —dijo—. Lugares en los que va a intentarse conservar a una serie de seres humanos, que puedan, cuando todo termine, volver a empezar.

—¿Empezar?

—Una nueva aventura humana, que esperemos sea menos estúpida y alocada que la que está concluyendo ahora. Hemos abusado del único tesoro que poseíamos: la Naturaleza. Nos hemos mofado de sus leyes, de sus principios, mostrándonos cretinamente orgullosos por haberla «dominado».

Hizo una pausa.

—En realidad, nunca conseguimos dominarla, sino que la hemos empujado hasta que se ha vuelto contra nosotros.

—Es triste.

—Más que triste, es fatalmente necio. Hemos terminado con infinidad de especies vivas, destruido las leyes de la Ecología; hemos envenenado el aire y los mares, modificado la composición de la tierra.

—Es cierto.

—Pero la Naturaleza es mil veces más fuerte que nosotros, y si hemos matado a todos los grandees y hermosos animales, a las plantas y hasta a los insectos, no podíamos con los microorganismos que han hecho posible el dominio de «C».

Se pasó la mano por el mentón.

—En cada centímetro cúbico de alimentos, hay trillones de seres que lo descomponen, que atacan a los hombres que comen esos alimentos. Nos creíamos una raza superior, la especie dominadora del mundo… y unos bichitos invisibles están apoderándose de la Tierra.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Las que quiera, Moore.

—¿Dice que se están construyendo unas esferas?

—Eso he dicho.

—¿Cuántas?

—Veinte. La totalidad podrá contener unos seis mil hombres y mujeres. Habrá una especialmente destinada a hombres de ciencia, cuyos consejos pueden ser preciosos cuando los ocupantes de esas esferas puedan abandonarlas.

—Esa era mi segunda pregunta. ¿Cuándo podrán abandonarlas?

—Las reservas de alimentos y agua están calculadas para unos diez años, aunque esperamos que la contaminación desaparezca antes. Los últimos cálculos hablan de cinco o seis años.

—Entiendo.

—Cuando los sensores especiales contenidos en las esferas demuestren que el exterior ha recobrado su normalidad, podrán abrirse esos receptáculos, dejando en libertad a sus ocupantes.

—Que volverán a empezar de nuevo, ¿no?

—Esa es la ideà.

—¿Puedo hacer otra pregunta… especial?

—Escucho.

—En realidad, son dos preguntas. Ahí va la primera: ¿dónde existen esferas, además de en esta zona californiana?

—Que yo sepa, en parte alguna.

—Lo que quiere decir que la humanidad futura estará formada por gente de California.

—Eso es.

—Segunda pregunta, ¿quién va a determinar quiénes serán los ocupantes de las esferas?

—Las autoridades y los sabios de la región.

—¿Se ha pensado escoger a sujetos de las distintas razas que pueblan California? Chinos, japoneses, negros…

Una nube pasó por los ojos de Spencer.

—Lo lamento, Arthur, pero mi respuesta, lo sé, no va a gustarle.

—Dígala, de todos modos.

—No se ha previsto más que albergar a hombres de raza blanca, americanos de origen.

—Lo que quiere decir que la futura Humanidad será absolutamente blanca, ¿no es así?

—Así es.

—Porque, según las noticias, todos los pueblos no blancos, africanos, asiáticos y demás, están padeciendo como nosotros los efectos destructivos de «C».

—Eso es.

—Creía que los americanos habíamos dejado de ser racistas.

—No es cuestión de racismo, Moore. Además, ¿qué diablos puedo hacer yo? Después de todo, me ataca usted sin saber lo que se refiere a mi caso personal.

—No entiendo.

—Yo no voy a ir a ninguna esfera.

—¿Eh?

—Lo que oye. Mi nombre no está en las listas oficiales.

—Pero...

—No hay pero que valga. Mi edad me elimina automáticamente. La selección se ha hecho pensando en los jóvenes, en gente capaz de tener hijos sanos en el futuro. Mi semilla no vale ya.

—¿Hay un tope de edad?

—En principio, sí. La selección comprende hombres y mujeres que no sobrepasen los veinticinco años. La única excepción son los profesores y sabios que, aunque de mayor edad, pueden ser de gran utilidad para el futuro.

Sonrió.

—Ustedes dos, amigos míos, están en la lista. Y puedo darles el número de su «hotel». Irán a la esfera número 13.

—¡Yo no soy supersticioso! —sonrió, a su vez, el pelirrojo.

CAPITULO II

—¿No es gracioso? Hacer fotos que no van a publicarse...

—Eso no importa —dijo Fred, haciéndose a un lado para que su amiga saliera del edificio—. Yo también tengo que escribir y tomar notas que, por el momento, nadie va a leer.

Esperó hasta que cruzaron la amplia acera.

—Ya has oído al jefe. Aunque no con demasiado entusiasmo, opina que las generaciones futuras deben ver lo que ha terminado con nuestra flamante civilización.

—¡Qué cretinos hemos sido!

—Más que cretinos, inconscientes. Nunca nos hemos parado a pensar en que el mundo es algo perfectamente organizado, y que la Naturaleza ha pasado millones de años para llegar a establecer sobre la Tierra una armonía sin igual.

Estaban acercándose al coche, uno de los pocos vehículos aparcados junto a la acera.

—¿Te das cuenta? —volvió a preguntar el pelirrojo—. ¿No es escalofriante?

—¿El qué?

—Mira esta avenida. Hace muy poco tiempo, el chorro de coches que circulaba por aquí era impresionante. Ahora está desierta.

—Como todas las avenidas y calles de la ciudad, como en todas las ciudades del mundo.

Era cierto.

Enloquecidos por las consecuencias del abuso de carburantes, que habían terminado por envenenar la atmósfera, colocando sobre las grandes urbes un techo de «smog» —como concentración de los humos fabriles y de los procedentes de los tubos de escape de los cientos de miles de vehículos en circulación constante—, la gente había empezado por dejar de utilizar el automóvil. Luego, más tarde, cuando la desesperación alcanzó más altas cotas, la furia se volvió contra aquellas malditas máquinas.

Y los quemaron.

En cada esquina, en cada plaza, en cada calle, ardieron los

vehículos, y fue como si el pánico de las gentes remedase los Autos de Fe de otros tiempos. La misma desesperación medrosa que llevó a la hoguera a brujas, magos y sabios, prendió en las multitudes aterrorizadas ante la proximidad de un fin sin remedio.

Los dos jóvenes se instalaron en el vehículo, Arthur detrás del volante.

—Y menos mal que no arremetieron contra los coches eléctricos —sonrió.

Hacía dos años que habían empezado a fabricarse en número creciente. Pero había quien protestaba de su pequeñez, de su poca velocidad, de su carencia de elegancia.

—El hombre —dijo Moore, mientras ponía el coche en marcha— llegó a considerar el coche como un signo de potencia y poder. Sin el auto, no éramos capaces de ir a parte alguna. El coche era el símbolo de la masculinidad, de la fuerza, del lujo, de la riqueza y de la categoría social que uno poseía.

Todos los coches eléctricos, a partir de la destrucción de los otros, habían salido de las fábricas pintados de azul cielo, quizá para hacer comprender que eran tan puros como el firmamento que habían conocido los abuelos de los hombres de aquella época.

Porque otra de las cosas, entre muchas, que los habitantes del planeta habían perdido de vista era precisamente el cielo.

Fuera de zonas muy apartadas, en lugares habitados por salvajes y hombres primitivos, la esfera celeste seguía siendo bastante azul, no como antes, ya que incluso en aquellos lugares, las corrientes de aire y el mismo movimiento de la atmósfera de la Tierra había terminado por llevar densas capas de humo y de escoria en estado de minúsculas partículas.

Debido al paulatino envenenamiento de las capas de la atmósfera y a la densificación de restos volátiles procedentes de las colosales industrias que trabajaban día y noche para satisfacer las exigencias de un consumismo desaforado, la envoltura gaseosa del planeta había cambiado radicalmente.

Las plantas verdes fueron las primeras en sufrir los efectos de aquellas modificaciones, ya que los rayos del sol no podían alcanzar a los vegetales con la misma intensidad que antes.

La función clorofílica sufrió serias alteraciones y los cultivos empezaron a dar productos alterados, esmirriados, carentes de los

principios vitales, al menos en la cantidad que habitualmente proporcionaban.

Era el principio del fin.

Las industrias destinadas a las síntesis de sustancias alimenticias crecieron como hongos, para dar de comer a una humanidad que ya no podía esperar recibir alimentos de las fuentes naturales que se los brindaron desde el principio de los tiempos.

—Una ciudad vacía —dijo Arthur.

—Fíjate en las tiendas. No hay nadie. Porque nadie desea comprar nada. Los supermercados han dejado sus puertas abiertas y en las estanterías de alimentos convencionales se pudren cosas que ya estaban podridas desde el principio.

El coche aminoró la marcha al llegar al final de la Avenida de Santa Monica.

—¿Recuerdas ese lugar? —inquirió el pelirrojo.

—¿El Rivoli? ¡Quién no lo recuerda? Era el restorán más importante de esta zona y uno de los más selectos de Los Angeles.

—Está vacío.

—Como todos los restoranes; los chinos, los armenios, los italianos, las pizzerias, los drug-store. Todo. La gente va dos veces por semana a los centros oficiales donde se distribuyen las pastillas «anti- C». Y eso es lo que comen. Y los comprimidos hidrogénicos con los que fabrican el agua necesaria para el consumo.

Como si la palabra «agua» le inspirase, el pelirrojo aceleró un poco, tomando la corta Mortimer Avenue, para frenar luego ante el parapeto desde el que el mar era visible.

El mar…

Las aguas, en la playa, poseían un color negruzco, con brillos multicolores, allí donde la débil claridad solar chocaba con los restos oleosos que flotaban sobre el líquido.

—¡Qué asco! —suspiró Moore.

—Los peces han desaparecido —dijo sombríamente su compañero —. Hace ya mucho tiempo que ningún barco se hace a la mar. La pesca ha pasado a ser una curiosidad del pasado.

—Oye, Fred.

—¿Sí?

—El jefe ha hablado de unos cinco o seis años para que todo esto vuelva a ser normal. ¿Tú lo crees?

—No sé qué decirte.

—Yo no puedo creerlo. Cinco años es muy poco tiempo para que el erosionado ambiente se recupere.

—Te he dicho que no lo sé. De todos modos, las esferas están preparadas para resistir una decena de años.

—Nacerán niños en ellas, ¿verdad?

—Desde luego.

—¿Y habrá espacio suficiente para todo el mundo?

—Creo que sí. No olvides que no se van a hacer las cosas a tontas y a locas.

—¿De veras?

Había en los ojos de Arthur una triste luz de escepticismo.

—Entre las normas que habrán de regir la vida en las esferas —explicó Fred—, hay una referente a un estricto control de natalidad. Después de todo, una década no es demasiado tiempo, incluso si no madera ningún niño, como para no preocuparse por el porvenir de la humanidad.

—¿En qué consiste concretamente... ese control?

—Delimita el número de nacimientos por año, no permitiendo más de cincuenta.

—¿Y por qué ese número?

—Es el producto de un simple y elemental cálculo. Bajo las esferas, hay un espacio llamado «nursery» en el que los niños irán creciendo, naturalmente vigilados por sus madres. Cincuenta niños por año, durante diez, se traduce en 500 criaturas, las que pueden ocupar ese espacio. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí. No me parece muy humano, pero... Es el espacio del que se dispone lo que limita

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Las que quieras.

—Durante una vida en común, durante esos diez años, ¿no crees que han de producirse conflictos?

—Era inevitable.

—¿Por qué dices «era»?

—Porque también se ha procurado obviar ese problema.

—¡Cómo!

—Todos los ocupantes de las esferas tomarán, al mismo tiempo que sus comidas, comprimidos tranquilizantes, eufóricos y

fundamentalmente antiagresivos.

—¿No será dañino tanto fármaco?

—No lo creo. Lo importante, lo que ha de ser considerado por encima de cualquier otra cosa, es la perfecta supervivencia de los ocupantes de las esferas. Son la garantía de uña nueva humanidad. ¿Te das cuenta?

—Perfectamente. Una humanidad de la que, con toda sinceridad, no me entusiasma demasiado formar parte.

—¡Bah! Siempre fuiste un gran individualista.

—Puede ser.

Fred lanzó un suspiro.

—Bueno. Creo que me prometiste dejarme junto a mi coche. No olvides que debo ir a ver a Davinia.

—Perdona. Todo esto me confunde un poco.

* * *

Los edificios blancos de los Servicios de Psicología aplicada ocupaban una gran zona, un poco más allá de la localidad costera de Santa Marta.

El pueblo era muy pequeño pero extremadamente lindo v atractivo. Fuera de su núcleo central, se atendían, a lo largo de la costa, los elegantes hotelitos que se habían construido ciando el océano era algo hermoso.

El pueblecito guardaba aún, en casi la totalidad sus edificaciones, el viejo estilo español, del que la iglesia era una preciosa muestra,

Mas allá, la amplia autopista conducía directamente al Centro de Psicología, y más allá, entre suaves colinas que en otros tiempos estuvieron cubiertas por naranjales, la ruta continuaba hacia la cercana frontera mexicana.

Deteniendo el coche eléctrico junto al portalón del edificio «M», Fred bajó del coche y penetró en amplio vestíbulo, para dirigirse seguidamente hacia uno de los ascensores.

Una vez en la planta octava, siguió el pasillo hasta detenerse ante una puerta, ornada con una placa cobre en la que se leía el nombre de D. Clark.

Sin detenerse a llamar, empujó la hoja de la puerta — penetrando en un amplio despacho, cuyas paredes estaban cubiertas por estanterías repletas de libros. Un despacho y dos sillones eran todo el mobiliario de la estancia. Detrás de la mesa, una mujer rubia alzó los ojos al oír abrirse la puerta.

—Te esperaba, cariño —dijo con voz dulce.

Sonriente, Fred contorneó la mesa; luego se inclinó junto a la mujer a la que besó en los labios.

—Estás muy sola —dijo sentándose sobre uno de los ángulos de la mesa—. No he encontrado nadie en el edificio.

—Casi todo el mundo se ha ido —dijo Davinia— Hemos dedicado las dos últimas semanas a reproducir en microfilms lo más interesante de nuestro archivos. Las películas han sido guardadas en las cajas fuertes del sótano.

Limmer lanzó una nostálgica mirada a las estanterías.

—¿Temes que toda esta maravilla desaparezca

—No debería desaparecer —sonrió ella—. Diez años no son mucho tiempo para que los libros se estropeen. Además, todos ellos han sido tratados con productos que les protegerán de la usura y de lo bichos.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Por qué encerrar su contenido en las películas de los sótanos?

Una nube oscureció el hermoso rostro de la joven:

—No se sabe nunca cómo van a reaccionar.

—¿Quiénes?

—«Ellos».

Fred miró con fijeza a la muchacha. De repente, pensando en lo que ella acababa de decir, se oscureció también su rostro.

—Es inhumano —dijo finalmente.

—Lo sé —replicó Davinia—. Inhumano, cruel, despiadado, todo lo que quieras. Pero necesario.

—La gente no se ha enterado aún, por fortuna. Acobardados como están, tienen todas sus esperanzas puestas en las autoridades. Como siempre, las gentes enloquecidas por el miedo a un final horrible, esperan un milagro.

—Que no se producirá.

—No puede producirse, Fred. Aunque, después de todo, el que

una gran parte de California haya quedado fuera de la destrucción total, ya es una especie de milagro.

—Pero ¿cómo hemos podido desembocar en esta catástrofe, querida?

—Nadie imaginaba que acontecería así, Fred. Ni siquiera los hombres de ciencia pueden explicar satisfactoriamente lo ocurrido. Hay hipótesis, pero sólo eso.

Y como el joven no dijera nada:

—Se piensa, y yo creo que es la explicación más lógica—prosiguió diciendo la muchacha—, que la contaminación ha hecho que ciertos microorganismos se desarrollasen bruscamente de una manera imprevisible.

—No lo entiendo.

—Es bastante sencillo. Hasta ahora, el hombre ha luchado de mil formas para combatir todo aquello que alteraba la composición de los alimentos. El descubrimiento del gran frío solucionó de forma práctica el almacenamiento.

—Es verdad.

—La adición de ciertas sustancias conservadoras aumentó aún más la garantía de todo lo que el hombre come. Sin estos procedimientos y en vista del aumento vertiginoso de la población mundial; hace tiempo que se hubiera producido el hambre.

—La ha habido siempre en muchas partes del globo.

—Sí, pero no debido a la escasez, sino a otras causas de las que mejor es no hablar ahora.

—Sigue.

—Siembre ha habido bacterias que alteraban la composición de los alimentos. Los medios que he citado antes impedían su descomposición. Habíamos llegado, eso creíamos, a controlar el trabajo destructivo de esos seres microscópicos. Pero, de repente, por causas que aún no se conocen, se han hecho insensibles a las sustancias conservadoras y al frío.

—Como en otros tiempos ocurrió con los antibióticos, ¿no?

—Exactamente. Cepas especialmente virulentas y activas, producto de mutaciones en esos seres, han conseguido vencer los obstáculos que el hombre había interpuesto ante ellos.

—Y la contaminación se ha extendido.

—Así es. Burlándose de las cámaras de ultrafrío, penetrando en el

ambiente hasta entonces adverso a ellas, las bacterias han deteriorado, en pocos meses, las reservas alimentarias del mundo.

—Terrible.

—Pero, al mismo tiempo, fatalmente previsible, La lucha del hombre contra los microbios no ha cesado un solo instante. Deberíamos haber pensado que esos seres infinitamente pequeños son mucho más poderosos que las especies macroscópicas que hemos liquidado con toda tranquilidad.

—Una conducta estúpida.

—Humana —sonrió ella—. Los formidables progresos de nuestra técnica nos emborracharon de poder. Y olvidamos que la Naturaleza es mil veces más sabia y poderosa que el hombre... que después de todo surgió de ella.

—Todo esto me deprime, Davinia. Y veo que te estoy robando un tiempo precioso. ¿Cuándo vas a instalarte en la esfera?

—Pasado mañana.

—¿Nos veremos antes?

—Claro que sí, cielo. Nos veremos esta noche, si puedes. Quiero pasarla a tu lado.

—Como quieras.

—Cuando pienso en el tiempo que hemos de permanecer lejos el uno del otro, me dan ganas de llorar.

—Desdichadamente no hay más remedio que aceptarlo.

—Sí, pero es muy doloroso.

— -Qué no lo es en los tiempos que atravesamos?

Ella se levantó, echándole los brazos al cuello.

—¿Te acordarás de mí?

—¡Qué cosas dices!

—Entonces, esta noche... en tu apartamento.

—Si.

—¿A las nueve?

—A las nueve.

—Hasta luego, amor mío.

Le besó más que con pasión, con una desespera- una nota desgarradora en aquella simple caricia.

CAPITULO III

—¿Entonces?

William M. Spencer miró a su esposa.

Seguía amándola como el primer día. Examinando tristemente el fracaso de muchos matrimonios, Spencer se consideraba el hombre más afortunado del mundo. Martha le había dado todo lo que un marido puede desear: amor, ternura y una intensa colaboración, de tal forma y manera que, en toda sinceridad, William sabía que jamás hubiera llegado lo que era sin el apoyo de su esposa.

Mujer extraordinariamente inteligente, Martha Lorenz, hija de un famoso director de periódico, había heredado de su padre esa intuición, la clarividencia de conocer lo que todo periodista desearía saber: los acontecimientos generales en su evolución futura, la previsión de cosas a las que la mayoría de la gente no da mucha importancia.

Fue ella la que incitó a William a dedicar más y más espacio al terrible problema de la contaminación; ella quien parecía percatarse de las desastrosas consecuencias que se producirían al dar estúpidamente la espalda a la naturaleza.

Y ella, finalmente, la que adivinó —ya que sus conocimientos de Biología eran insuficientes— que la Naturaleza iba a vengarse a su modo, destruyendo, como suena, a una especie que la estaba atacando desde siempre.

—¿Entonces? —insistió la mujer ante el silencio prolongado de su marido.

—No hay sitio para nosotros.

—Eso ya lo sabía. Me estaba refiriendo a Harold.

Spencer suspiró.

—Tampoco hay sitio para nuestro hijo, Martha, no reúne ninguna de las condiciones que se exigen formar parte de una de las esferas.

—¿ Es por lo... de la droga?

—No lo sé, aunque bien podría ser. Ya sabes que la selección de los futuros ocupantes de las esferas se ha hecho sin mala intención, pero dentro de ciertas normas. Lo demás ha sido el trabajo de los

ordenadores de la población.

—Está bien que haya un límite para la edad —siguió defendiéndose ella—. Lo comprendo perfectamente. El mundo del próximo futuro necesitará muchos niños, y nosotros ya no podemos tenerlos.

—No es una cosa personal, querida.

—Lo sé. Y lo acepto. Nunca soñé con ser uno de elegidos para la «Operación Supervivencia». Pero mi hijo tiene veinticinco años y es un muchacho sano.

—Corporalmente. No nos engañemos, Martha.

—No estoy de acuerdo contigo, William. El que se haya drogado no ha podido alterar su personalidad. Además, lo dejó hace dos años. Ahora es un chico como los otros.

—No para el ordenador, querida. Piensa que su ficha ha sido desechada justamente por sus antecedentes como drogadicto, del mismo modo que miles de jóvenes han sufrido la misma selección.

—Pero... es nuestro hijo.

¿Y qué significa eso para un ordenador?

—¡Al diablo con las máquinas! Les hemos hecho demasiado caso en estos últimos tiempos. ¿Acaso no dijeron los ordenadores que estábamos caminando hacia una catástrofe?

Una tenue sonrisa se pintó en los labios del hombre.

—Nunca se lo preguntamos, Martha.

—Ya lo se. Es la vieja táctica del avestruz: esconder la cabeza para no ver la realidad. Pero, William...

—¿Qué?

—Tienes que hacer algo.

—Sabes muy bien que es imposible.

—Podrías haber incluido a tu hijo entre el pequeño grupo de periodistas. No creo que ninguno de los hombres seleccionado valga lo que Harold.

Spencer no dijo nada.

Comprendía a la perfección que todas sus palabras se estrellarían contra el muro de unos sentimientos maternales maravillosos, pero también cegatos.

Harold había sido, casi desde su nacimiento, un niño difícil, díscolo, socialmente peligroso. El había luchado con desesperación para sacar a Harold de los mil jaleos en que se había visto envuelto.

Todos los jueces de California conocían al periodista, y a todos había ido a suplicar una y otra vez.

Lo peor de todo es que Harold no carecía de inteligencia. Muy al contrario: era vivaz, despierto e intuitivo como su madre. Pero los amigos al principio, después el alcohol y finalmente las drogas habían minado profundamente aquella personalidad, convirtiéndola sencillamente en la de un psicópata.

El era el primero en admitir —por mucho dolor que le causara— que Harold no estaba capacitado para ocupar un lugar en las esferas.

—¿Harás algo? —insistió la mujer.

—No lo sé, puedo seguir intentándolo, pero no hay garantía de que consiga algo positivo.

—¡Ni falta que hace!

Marido y mujer se volvieron, igualmente sorprendidos. En el dintel del salón, con los ojos brillantes de rabia, estaba Harold Spencer.

* * *

Andando despacio, el profesor Konrad Clark se acercó a la sala de pantallas, deteniéndose un instante en el umbral de la puerta.

Las cuatro paredes de la estancia estaban cubiertas por pantallas, casi todas de televisión, aunque había otras de radar y un par de recepción de radiaciones cósmicas.

—¿Se puede?

Enmanuel Torrens, el especialista en satélites de investigación, se volvió de la pantalla que estaba observando, sonriendo al identificar al visitante.

—¡Pase, pase, Konrad!

Clark se encaminó hacia el otro, estrechando la mano que Torrens le tendía.

—¿Algo nuevo? —inquirió el etòlogo.

—Nada de particular. Con los tres minosatélites que hemos lanzado en estos últimos días, poseemos datos concretos sobre grandes áreas del planeta.

—¿Sin excepción...? —se adelantó Konrad.

—Sin excepción —repitió el otro—, hemos recibido idénticas imágenes. Muerte y desolación por doquier. Desesperación. Brotes de revueltas. ¡El caos!

—¿Nadie ha tenido tiempo para hacer algo?

—Nadie. Los muertos han de contarse por miles de millones. Es más, por las últimas imágenes que he analizado, podremos afirmar, antes de algunas horas, que la vida humana ha desaparecido en la superficie de la Tierra.

—Excepto, aquí.

—Sí, excepto en esta parte de California; pero profesor, ¿por cuánto tiempo?

—Supongo que por muy poco. Las dosis de alimentos sin «C» deben estar agotándose. Lawrence O'Connor, el coordinador general de la «Operación Supervivencia» afirma que no habrá más pastillas alimenticias dentro de tres días.

—¿Cuándo ha visto usted a O'Connor?

—Anoche. Estuve en su residencia, para comunicarle que las esferas se cerrarían definitivamente dentro de cincuenta horas. Me aseguró que llegaría a tiempo.

—¿Cómo van las selecciones?

—Bien. Así me lo dijo Lawrence. Una vez más, hemos tenido que mentir a la gente. La noticia aparecida en televisión afirma que las esferas son fábricas de alimentos no contaminados, y que por eso deben ser respetadas por todos.

—Piadosa mentira; pero, de todos modos, las esferas están fuertemente custodiadas por fuerzas policiales.

—Es natural. Aunque la mayor parte de la población acepta el orden y se muestra disciplinada, siempre hay casos extremos. ¿Sabe lo que he visto viniendo hacia aquí?

—No.

—Todos los centros de específicos han sido asaltados.

—¿Estaban sus propietarios en los establecimientos?

—Algunos, sí. Se les había ordenado mantener centros abiertos para casos de urgencia. El servicio farmacéutico y el médico se mantienen con un mínimo de personas, garantizando, como en los hospitales y clínicas, las urgencias.

—¿Y bien?

—Los han asaltado todos, violentamente, llevándose todas las

drogas que han encontrado en ellos.

—¡Era de temer!

—La gente, especialmente los neuróticos y los inestables necesitan las drogas para soportar la tensión nerviosa impuesta por la situación que atravesamos; pero las drogas son un arma peligrosa.

—Yo no temo que haya rebeliones.

—Yo tampoco, hasta que se sepa la verdad.

—¿Cuando sepa la gente que las esferas no son lo que ha dicho?

—Exactamente.

Hubo un corto silencio: luego, Torrens, que no perdía de vista las pantallas, lanzó un corto grito.

—¡Mire!

Se acercó a los mandos del aparato, consiguiendo, momentos después, que la imagen fuera lo suficientemente clara.

—¿De qué se trata? —preguntó Konrad.

—Es una amplia franja del continente australiano.

—Pero… ¡si parece el Sahara!

—¿Y qué quería usted ver, mi querido amigo? La vegetación no puede seguir viviendo sin recibir toda la potencia de los rayos solares. Si no fuera por las cámaras de infrarrojos que lleva consigo el satélite, no veríamos más que el «techo» de contaminación.

—¡Pobre planeta!

—Esperemos que vuelva a renacer. Porque si no fuera así, dentro de diez años, cuando podamos salir de las esferas… sería sencillamente para morir, como ha muerto casi todo lo demás.

* * *

—Hijo…

La mirada de Harold no se volvió hacia su madre, sino que se mantuvo fija, clavada en los ojos William.

—Déjalo, madre. No merece la pena pedirle un favor. Después de todo, ¿qué he sido siempre a sus ojos? ¡Una basura!

—No digas eso, Harold. Tu padre…

—¡Mi padre es un cobarde! Amigo íntimo de ese O'Connor, podría haber hecho que nos incluyesen a los tres en una de esas esferas.

Sus ojos lanzaron chispas.

—Pero no. Era necesario demostrar al mundo que William M. Spencer es un hombre íntegro, incapaz de aprovecharse de la menor ocasión para salvarse o, al menos, para salvar a su mujer y a hijo.

Spencer lanzó un corto suspiro.

—Tú eres incapaz de pensar en otra cosa que no sea tu propia piel.

—¡No tengo otra cosa de más valor!

—Lo sé, lo sé, Harold. Aunque no entiendo que alguien que ama a la vida como tú, pueda envenenar su cuerpo, intoxicándolo con cien porquerías distintas. No lo entiendo, de verdad.

—¡Lo esperaba! —bramó el joven—. No podía faltar el hermoso detalle paternal, echándome en cara el tiempo en que me drogaba. Pero ¿te has preguntado alguna vez, hombre íntegro, por qué tu hijo tomaba drogas? ¡A que no! Si me lo hubiesen preguntado, te habría dicho que estaba asqueado de la vida en la familia, que me aburríais, mamá y tú, con vuestras charlas, sin preocuparse de si esas idioteces me interesaban o no.

—¿Y qué es lo que te interesa, si se puede saber?

—¡Vivir! ¡Gozar! Y para conseguirlo, luchar contra el asqueroso mundo que nos habéis dado. ¡La prueba! Ese mundo se muere, lleno de porquería porque vosotros, los hombres de vuestra edad, querían seguir enriqueciéndose con sus repugnantes industrias.

—Me haces reír. Esas industrias que tanto desprecias, te han proveído de todo lo que ansiabas: trajes, coches, discos, equipo cuadrofónico, televisión, cine… desgraciadamente pornográfico. Si hubieses ido que ganar todo el dinero que has entregado esas industrias.

—¿Ganar dinero? ¿Yo? ¿Para qué? ¿De qué va servirme todo lo que me has dado, si tu asqueroso mundo va a desaparecer? Y lo va ha hacer, por vuestra culpa, cuando tengo veinticinco años. Mientras que tú, pedazo de hipócrita, puedes morirte, ya que has vivido lo bastante.

La última gota hizo que rebosase el vaso de la paciencia de Spencer.

—¡No quiero oírte más! ¡Fuera de aquí! No nos has dado más que disgustos.

—Y los que faltan.

William se encogió de hombros.

—Tus amenazas, en el punto al que hemos llegado, son tan estúpidas como infantiles.

Harold cerró los puños hasta que los nudillos se tornaron blancos. Y rechinando de dientes añadió:

—¡Ya veremos!

* * *

—¿Por qué, Davinia?

Ella no contestó en seguida. Acercándose más hombre, pegó al de Fred su cuerpo desnudo bajo las sábanas. Y cuando las manos de él la recorrieron febrilmente, la muchacha dejó escapar un confuso murmullo de placer.

—No soy una mujer desesperada hasta ese punto, Fred —dijo al cabo de su largo silencio—. Ya se que cada vez que hemos hecho el amor, he tomado las precauciones de costumbre. Y no porque íntimamente lo desease.

—Lo sé.

—Mis estudios por una parte, y tu trabajo pe la otra, no me parecían aunar las mejores condiciones como para tener un hijo. Además, ya lo sabes, nos daba miedo. Porque sabíamos...

—Es verdad.

—Es curioso..., pero las estadísticas de los últimos tiempos muestran, incluso en países eternamente subdesarrollados, un descenso en el índice de natalidad.

—Yo lo encuentro natural.

—Y yo. Cuando el mundo entero, incluso los más ignorantes, se percataron de que caminábamos fatalmente hacia un final irreversible, nacieron menos niños. Como si por mero reflejo, los organismos de las madres se negasen a entregar al mundo, agónico criaturas que estaban condenadas a morir.

—Era la primera vez que ese fenómeno se producía, Davinia. Las madres hindúes, por ejemplo, jamás sintieron necesidad de no parir, aunque sabían sus hijos, por la necesidad, la enfermedad y el hambre, no alcanzarían nunca los dos años.

Los dedos de la muchacha juguetearon con los labios de Fred.

—Una madre no pierde nunca la esperanza, amor mio. Una madre tiene unos pechos para garantizar, contra viento y marea, la supervivencia de su hijo.

Lanzó un breve suspiro.

—Una madre piensa que lo que ha llevado en el vientre durante nueve meses no puede morir así como así. Cuando un niño nace, la madre olvida que ha puesto en el mundo una criatura forzosamente mortal. Y lo mira como si hubiera de ser eterno.

Hundió los dedos en los cabellos de su amante.

—Igual me ocurre a mí ahora, Fred. Sé que existen bastantes posibilidades para que, cuando nos separemos, lleve en mi carne la semilla de un hijo tuyo.

»Sé que el mundo se muere. Pienso con temor en las posibilidades que significan las esferas en las que vamos a albergarnos. No puedo afirmar, como nadie podría hacerlo, que podamos instaurar una nueva humanidad en este mundo que agoniza.

»Pero mi intuición de madre, la vibración que ya recorre mi carne, me obligan a desechar todos esos temores. Y pienso en el hijo que hoy podemos hacer como algo sublime.

—Eres maravillosa.

—Soy una mujer: nada más. Y pienso, con horror, en todas las mujeres que en estos momentos esperan dar a luz un hijo. Pienso en ellas y me estremezco.

—No digas eso.

—Esas pobres mujeres, cuando se den cuenta de que no hay nada que hacer, ¿cómo van a reaccionar, amor mío?

—No pienses más en eso.

—No puedo evitarlo. Porque me coloco en su lugar. Porque me veo, con las manos en el viento maldiciendo a todos los culpables de que hayamos llegado a este callejón sin salida.

Hubo un corto silencio; luego, ella acercándose aún más a él:

—Ámame otra vez, Fred. Lo deseo.

—Yo también.

Se dejaron ir por la veloz pendiente de un placer que iba in crescendo. Hasta que estalló en ellos un universo de dimensiones desconocidas y siempre nuevas.

Se separaron.

Davinia, con los ojos cerrados, se dejaba arrastrar por la dulce

corriente de su cuerpo ahíto. Fred con un cigarrillo entre los labios, miraba al techo dejando que sus pensamientos vagasen sin precisión y sin rumbo.

De repente, un estrépito ensordecedor llegó hasta ellos. En las ventanas, los cristales vibraron al pase de la cohorte de motores lanzados a toda velocidad,

—¿Qué es eso? —preguntó Davinia, abriendo bruscamente los ojos.

—Motos.

—Pero si está terminantemente prohibido circular con vehículos de motor de gasolina.

—Algún grupo de locos. Uno de esos estallidos de demencia en una ciudad donde el orden no reina ya como antes. Además, ¿quién se preocupa ya de un poco más de contaminación?

Ella no dijo nada.

Pensaba en su hijo. En alguien que ni siquiera sabía si existía.

Y sus ideas se concretaban en el momento, en un lejano futuro, en que abandonase la esfera, con el niño de la mano.

Un hijo que no conocería a su padre hasta mucho más tarde. Un hijo que pisaría por vez primera el suelo del planeta en el que había nacido.

Un niño de diez años.

CAPITULO IV

—¡Estás como una chiva, Harold!

Spencer se encogió de hombros, pero su aparente indiferencia escondía una creciente cólera.

Miró a los otros ocho, casi todos más jóvenes que él, aunque el que había hablado, Loko, era de su misma edad.

—Me importa un bledo que no me creáis —dijo con un tono silbante en la voz—; pero lo que acabo de deciros es la verdad. Las esferas no son lo qui dicen, sino sitios en los que van a cobijarse unos cuantos privilegiados, mientras que los demás reventamos.

—Sigo creyendo que estás chalado.

Loko, al pronunciar aquellas palabras, movió la cabeza de un lado para otro. No estaba ni demasiado preocupado ni triste. Llevaba el cerebro lleno de LSD, y todo lo que veía parecía como flotando entre gasas de colores.

—Si es como dices —prosiguió diciendo al cabo de unos instantes —, de nada va a servirles el esconderse ahí, ya que haremos saltar las esferas a pedazos.

—Pruébalo y te romperás los dientes —dijo Harold—. ¿Los tomas por idiotas? Están construidas por un material que resistiría un cañonazo tirado a pocos metros.

—Yo las he visto —intervino Juana, una mexicana la única chica del grupo, que se acostaba con el primero que se lo pidiese—. Son traslucidas, y no pueden ser tan fuertes como dice Harold.

—Probadlo —repitió Spencer mirando con desprecio a la chica—. Nada puede dañar su superficie. Lo han hecho adrede.

—Entonces —terció el Fofo—, ¿eso de fábricas de alimentos es puro cuento?

—Como lo oyes.

—¡Hijos de puta!

La idea surgió del cerebro de Harold como un cohete. Sonrió, al pensar en cómo no se le había ocurrido antes. Y miró con sorna a todos los miembros de la pandilla.

—Puedo demostraros lo que digo —dijo.

—¿Cómo?

—¡Y si los dijera el mismísimo O'Connor?

—¿Quién es ese tío?

—El jefe de coordinación de la «Operación Supervivencia».

—¿Otro de tus camelos?

—¡Vete a la mierda, Fofo! Estoy hablando en serio. Además, ese tío es el que reparte las pastillas no contaminadas.

—Eso me interesa mucho más —dijo Loko—. ¿Os dais cuenta, chicos? Si tuviésemos un buen depósito de alimento, no tendríamos que ir, como cada quisqui, a lamer el culo a los empleados, con la tarjeta de identidad para que no recibamos más que la asquerosa ración que nos dan.

—¡Un momento! —dijo Harold—. Yo sé, porque mi padre me lo dijo hace poco, que ese tipo tiene un gran depósito de pastillas en el sótano del edificio donde trabaja. De acuerdo con que nos apoderemos de todo lo que podamos. Pero no hay ningún hijo de mala madre que me haga pasar por embustero. Y quiero que oigáis de labios de Lawrence lo de las esferas.

—¿Tanto te importa? —preguntó otro de la pandilla, al que llamaban el Bis por sus tendencias bisexuales.

—¿Eres idiota o qué? —se enfadó Spencer—. Si tú quieres pudrirte en este asqueroso mundo, si deseas esperar a que las pastillas se acaben, mientras unos cuantos cabrones se encierran en las esferas ¡allá tú! Yo quiero seguir viviendo.

—¿En una bolita de cristal? ¿Como los peces?

—¡Sois una pandilla de asquerosos ignorantes! Dentro de esa pecera, pedazo de idiotas, hay de todo. Alimentos, habitaciones, diversiones, chicas… y lo que es más importante, la posibilidad de salir de ellas cuando la contaminación haya terminado.

—¿Y cuándo será eso, sabio?

—Mi padre me dijo que en cada esfera había lo necesario para sobrevivir durante diez años.

El Bis lanzó un gritito agudo.

—¡Cielos! ¿Diez años ahí dentro?

—Calla, estúpido. ¿Qué son diez años cuando no te falta de nada? Y luego, fuera, en un mundo con cuatro patas… donde podremos medrar, convertirnos sencillamente en los amos.

Loko se acarició la larga cabellera negra que le llegaba hasta los hombros.

—No es mala idea, Harold. Sabes muy bien que la vida me importa un carajo, pero no me gustaría morir sin saber que alguien queda aquí.

—¿Entonces?

—Vamos a ir a visitar a ese O'Connor. De acuerdo. Pero, dime, ¿dónde está ese tío?

—En el antiguo Palacio de Justicia.

—¿Protegido?

—Hay quince policías.

—¿Armados?

—Sí.

Loko reflexionó unos instantes.

—También tenemos armas, pero habrá que evitar que nos persigan. ¿Tienes coches?

—Eléctricos.

—¿Puedo decir algo? —intervino el Fofo.

—Suelta lo que sea.

—¿Y si sacásemos las motos?

—Están prohibidas.

—¿Y quién va a prohibirlo ahora? La ciudad está muerta de miedo. Casi no hay polis. La gente se ha vuelto cobarde...

—Nuestras queridas bestias —suspiró Loko—. Creo que debemos sacarlas a que les dé el aire. ¿Cómo estamos de gasolina?

—Escondimos un montón de litros. ¿Lo has olvidado?

—Es cierto, Bis. ¡En marcha!

—¡Un momento!

—¿Otra vez, Harold? ¿Qué tripa se te ha roto ahora?

—Quiero que queden las cosas claras. Primero, nos cargamos a los polis, luego interrogamos a ese tipejo. Nos enteramos de un montón de cosas. Y, finalmente, nos llevamos las pastillas. ¿De acuerdo?

—¿A qué mierda estamos esperando?

* * *

Esperaron hasta que les sirviesen las pastillas y una taza de líquido estimulante. Cuando el camarero de servicio en la esfera se hubo ido, Alfred Simenon lanzó un suspiro.

—Sigo dudando, amigos míos. Los análisis demuestran que el grado de contaminación es altísimo. No sé francamente qué decir, pero considero que un plazo largo, incluso de diez años, no puede ser suficiente.

Era el astrofísico del grupo de sabios de la esfera 8.

—No podemos almacenar pastillas para más de una década —dijo Peter Olmer, el médico—. Por otro lado, aunque aún no he hablado con la doctora Clark, temo que el comportamiento en el interior de las esferas ofrezca graves problemas.

—De eso no hay duda alguna —intervino Konrad—. No sé lo que dirá mi hija, pero como etòlogo presupongo el desarrollo de fobias, neurosis y agresiones de varios tipos. No se puede encerrar a la gente durante diez años sin ciertos peligros.

—Va a ser muy duro.

—No hay más remedio —dijo Armand Levourier, el microbiólogo —. Yo estoy de acuerdo con Alfred. La densidad de la contaminación se traduce, sencillamente, en una verdad: las bacterias se han apoderado del planeta.

—Lo ideal —dijo Torrens—, sería haber descubierto algún lugar en la Tierra donde haber esperado a que todo el resto del planeta se normalizara.

—Usted lo está observando con sus satélites.

—Sí. Y lo que estoy viendo no me gusta nada.

Aunque hay satélites que no han sobrevolado aún ciertas zonas.

—¡Sueños! —dijo el médico—. No debemos engañarnos.

Hubo un silencio.

Luego, Konrad, como si hablase consigo mismo, dijo:

—Mañana, a las doce de la noche, cerraremos las esferas.

—La nuestra no se cerrará hasta que llegue O'Connor, ¿verdad? —preguntó Levourier.

—Así es.

—¿Qué plazo de vida da usted a los que quedarán fuera? — inquirió Konrad.

El médico reflexionó unos instantes.

—Un par de semanas. A pesar de que habrá pastillas para un mes,

la contaminación acabará con todos esos desdichados.

No se atrevieron a decir una sola palabra más, pero sus rostros expresaban bien claramente el dolor que les causaba tener que asistir, desde la seguridad de las esferas, a la muerte horrible de varios millones de criaturas humanas.

* * *

Las diez motos, imponentes, gigantescas, desfilaban a través de la ciudad semidesierta. Monstruos de acero, atiborradas de adornos, con una docena de espejos retrovisores cada una, cintas de colores, colas de zorro, dejando en pos de sus múltiples tubos de escape la densa humareda de los restos de la expulsión de sus cilindros.

La poca gente que pasaba por las calles miraba con estupor algo que había desaparecido hacía dos años de la fisonomía de la ciudad.

Pero nadie osaba intervenir, ni siquiera algunos, muy pocos, coches eléctricos de la policía, cuyos ocupantes uniformados siguieron con curiosidad pero sin interés el paso de la ensordecedora hilera de potentes máquinas.

¿Para qué?

Todo el mundo estaba afectado por la grave situación. Nadie ignoraba que el resto del mundo había desaparecido bajo las densas y venenosas nubes de la contaminación. Y los habitantes de aquella región californiana: los Angeles y sus aledaños, no pensaban más que en vivir, sin ganas de intervenir en lo que fuera, que ya era suficiente la debilidad y la angustia que estaban sufriendo.

Harold iba a la cabeza, seguido de cerca por el jefe de la pandilla, Loko, al que seguían los demás, ufanos como nunca, sonrientes, con los ojos brillantes por el efecto de la droga que se había distribuido generosamente antes de la salida.

Sólo Spencer no se había drogado.

Deseaba, más que nunca, ser dueño de su voluntad, poseer una mente fresca, libre de las alucinaciones, seguro de que acabaría imponiéndose a aquella banda de bárbaros y de psicópatas, hasta conseguir su objetivo, que no podía lograr, en manera alguna, actuando en solitario.

Poco le importaba el futuro de aquellos que habían sido hasta

entonces sus compañeros.

Comprendía ahora, sin necesidad de los «sermones» de su padre, que ninguno de sus acompañantes merecía sobrevivir. Eran el desecho de la sociedad, el poso del mundo, la basura de la humanidad.

Pero le eran necesarios.

En aquellos tiempos en que la autoridad flaqueaba, ya que los mismos encargados de imponer el orden se sabían irremisiblemente condenados, la fuerza era la única arma efectiva. La fuerza y la decisión.

¡Y la locura que proporcionaban los alucinógenos!

Con todo aquello podía contar mientras mantuviese a su lado a la pandilla. Y pensaba utilizarla, en su beneficio, abandonándola luego, como merecía, echándola al lado como un envase vacío de cerveza.

Sabía que no necesitaba prepararlos para el ataque. Todos ellos, él también, llevaban armas de fuego, pistolas y metralletas que habían permanecido escondidas desde la Prohibición, al igual que la gasolina y las motos.

¡Sus bestias!

Así llamaban, con legítimo orgullo, a sus poderosas máquinas. Porque más que monturas mecánicas eran como animales salvajes, obedientes a las manos de los que lo conducían, capaces de realizar toda clase de acrobacias, dispuestas al choque, con sus parabrisas irrompibles, sus refuerzos laterales, mucho de ellos semejantes a las espinas de hierro que llevaban las antiguas cuadrigas en los circos romanos.

También tenían aquellos jóvenes algo de gladiadores: luchadores de una turbia época en la que la violencia había sido siempre expresión de poder. Y las cicatrices que todos ellos guardaban como reliquias de salvajes peleas pasadas, demostraban la fiereza que les habitaba, el salvaje afán de imponerse sin medida.

Porque también se llamaban los Bestias.

Como sus poderosas e imponentes motocicletas.

Antes de desembocar en la Central Avenue, donde estaba situado el edificio del Palacio de Justicia, Harold alzó una enguantada mano, advirtiendo de la proximidad del objetivo.

Como todos los demás, Harold se había puesto el viejo uniforme de lucha de los Bestias. Jersey negro hasta el cuello, chaqueta y

pantalones de cuero negro, con adornos metálicos en forma, de clavos. Guantes negros que llegaban hasta el codo. Y casco enorme, negro, que daba al portador el aspecto de poseer una extraña cabeza de insecto.

En cuanto vio Loko que Harold alzaba el brazo, le imitó. Obedientes, los motoristas que le seguían se abrieron en abanico, dislocando la larga fila que hasta entonces componían.

¡Era la formación de ataque!

Al mismo tiempo, demostrando un dominio absoluto de la moto, los guantes dejaron el manillar, confiando a las rodillas la dirección de la máquina, mientras que las manos se apoderaban de las armas.

Harold conocía perfectamente su antigua pandilla. Sabía que el ataque sería ultrarrápido, sin concesión y sin merced, desencadenado de golpe, brutal, imparable, terrible y mortífero como todos los de los Bestias.

Así ocurrió.

Al desembocar ante la plaza en la que estaba el Palacio de Justicia, las motos se dirigieron hacia la amplia escalinata donde se encontraba media docena de agentes de policía de servicio.

No hubo aviso alguno.

Lanzaron su carcajada mortífera las metralletas, y escupieron las pistolas su carga fatídica. Cogidos por sorpresa, los policías se desplomaron sin haber tenido la oportunidad de desenfundar sus armas.

Sin detener su marcha, las motocicletas subieron por los escalones, dirigidas con una tremenda maestría. Penetraron en tromba en el amplio vestíbulo, en medio de un ensordecedor rugido de motores.

El resto de la guardia, alertado por los disparos, se aprestaba a salir en ayuda de sus compañeros. Tampoco tuvieron tiempo de esbozar el mínimo gesto de defensa.

Como los de la escalinata, cayeron con el cuerpo acribillado a balazos.

—¡Primer piso! —gritó Harold.

Nadie desmontó, y las máquinas treparon por la escalera como si se tratase de un terreno llano. Una vez en el primer piso, guiados siempre por Harold, avanzaron hacia la puerta del fondo, que el mismo Spencer derribó con una brutal embestida de su motocicleta.

El hombre, de cabello canoso, que estaba detrás de la mesa de despacho, estudiando algunos documentos, alzó la cabeza, mientras que sus ojos se dilataban por efecto de la sorpresa y el espanto.

CAPITULO V

Con la cámara en la mano, Arthur Moore regresó a su coche.

Había tomado cientos de fotos utilizando a veces el motor de su aparato para obtener secuencias de ciertos movimientos.

¿Movimiento?

La palabra hizo que sus labios dibujasen una mueca. Era demasiado joven para recordar las cosas, pero las películas de archivo le habían proporcionado suficientes imágenes como para que pudiera comparar.

De todos modos, para poder imaginar el mundo dentro de un marco de relativa normalidad, era necesario retroceder en el tiempo o visionar films que habían sido hechos con tomas de regiones agrestes y semisalvajes de la Tierra.

En la sala oscura, durante la proyección, Arthur había podido contemplar el verdadero color del cielo, de los mares y océanos, de las grandes masas de vegetación, lujuriosa a veces; en una palabra, de la maravilla que era —perdón, había sido— el planeta Tierra.

Y aquel hombre de casi finales del siglo XXI se estremecía de envidia al contemplar los paisajes de indecible belleza, las cascadas de agua espumosa y limpia, las mesetas boscosas. Y el mar, un mar que a principios del siglo anterior, el XX, seguía siendo casi como el de hacía millones de años.

Ahora, en la película de los rollos tirados, quedaban patentes las imágenes de desolación de una Naturaleza mil veces violada. Aguas negras y oleaginosas, alguna que otra gaviota muerta, basura, residuos por doquier…

Y sobre aquel mundo corrompido y agónico, el techo del «smog», que el sol apenas conseguía atravesar con sus haces de luz.

Durante algunos años, a principios de siglo, la gente se había asustado un poco, y durante un cierto tiempo circuló por la calle con máscaras que se vendieron por millones.

Hasta el día que una comisión de sabios afirmó rotundamente que el organismo humano había terminado por habituarse a los productos de la contaminación, y que los niños nacían ya con

pulmones y sangre capaces de respirar y transportar venenos atmosféricos que hubiesen matado fulminantemente a las criaturas de las generaciones anteriores.

Sí, el organismo humano había tenido que aceptar el estúpido reto del envenenamiento de la atmósfera; como también había acatado los alimentos sintéticos, como también había terminado acostumbrándose a considerar a aquel pálido globo flotando en el cielo negro, como el sol.

Pero la gente no era como antes.

En cualquier lugar cerrado, en los transportes públicos, en los cines o salas de fiesta, se oía, nada más entrar, la respiración fatigosa de todos los presentes. Ya no había asma, porque todos eran asmáticos. Y se veía a grandes y chicos detenerse en la calle para masticar rápidamente aquellos famosos comprimidos que al mismo tiempo que dilataban los bronquios producían un efecto sedante en el angustioso y enervante ritmo respiratorio.

Al principio, cuando el techo de «smog» cubrió las tierras, la gente, seguramente para hacerse ilusiones, se bronceó ante las lámparas de rayos ultravioletas. Pero pronto, al no existir una sola playa adonde ir, ni un lugar del agua en la que nadar, fuera de las asépticas piscinas, se olvidaron de ponerse morenos.

Porque, además, pronto se descubrió que las partes desnudas del cuerpo se veían afectadas por la contaminación. Aparecieron cientos de dolencias dérmicas, y cambió la moda en el vestir, fabricándose tejidos capaces de aislar la piel de los peligros del exterior, utilizándose diversos tipos de cremas para proteger la cara y las manos.

Pensando en todo aquello, Moore penetró en su coche eléctrico, disponiéndose a reunirse con Fred. Aquella misma noche deberían penetrar en la esfera número 13.

Y decir un largo adiós al mundo…

Antes de ir al encuentro de su compañero, Arthur debía pasar por el Palacio de Justicia para entregar a Lawrence O'Connor el material fotográfico de su largo reportaje.

Puso en marcha el vehículo, con la mente aún ocupada por ideas que no tenían nada de optimistas.

* * *

Se callaron los motores de las motos.

Todavía bajo la impresión de sorpresa, Lawrence recorrió con una mirada inquisitiva al grupo de jóvenes. Estos, tras desmontar de las máquinas, formaron un semicírculo ante el despacho de O'Connor.

—¿Qué desean ustedes? —inquirió el hombre con un ligero temblor en la voz.

Las paredes perfectamente insonorizadas de la estancia no le habían permitido oír el estrépito de la lucha ni los disparos. Por eso no comprendía aún cómo la guardia había dejado entrar de aquella forma a la pandilla de vándalos que tenía ante él.

—Queremos que nos digas la verdad, vejestorio.

O'Connor concentró su atención en el que acababa de dirigirse a él. Casi en seguida, tuvo la impresión de conocer a aquel muchacho, pero hubo de hacer un gran esfuerzo hasta poder poner un nombre sobre el rostro que tenía ante él.

—Un momento... —dijo, habiendo logrado identificar al muchacho—. ¿No eres el hijo de William M. Spencer?

—¿Y qué si lo fuera?

—Ahora te recuerdo. Viniste una vez con tu padre.

—Yo también lo recuerdo, pero eso no tiene ahora ninguna importancia. Te he hecho una pregunta, y quiero que la contestes sin perder más tiempo.

—¿A qué verdad te referías?

—A lo que son realmente las esferas. ¡Y nada de cuentos! Yo ya sé para qué las habéis construido.

—Creo que te equivocas, muchacho —dijo Lawrence haciendo un esfuerzo para mantenerse tranquilo—. Todo el mundo lo sabe: son nuevas fábricas para alimentos carentes de «C».

—¡Mentira!

—Es cierto...

Harold apoyó sus enguantadas manos en el despacho, clavando en los ojos de O'Connor una mirada cargada de amenazas. .

—Oí a mi padre comentarlo con mi madre: esas esferas están destinadas a albergar a los que van a salvarse de la muerte. Tú se lo contaste a mi padre porque sois viejos y buenos amigos. Así que no

me vengas con historias.

—Sigo insistiendo en que te equivocas.

—¡Un momento!

La voz de Loko sonó como un trallazo.

Apartándose de los demás, el jefe de los Bestias rodeó la mesa, acercándose lateralmente al hombre.

Algo largo brillaba en su mano derecha.

Era una cadena de bicicleta, pero especialmente construida para él. Toda en plata, brillante como la joya que era. Loko, todo el mundo lo sabía, era un gran caprichoso.

No lanzó ninguna advertencia, ni siquiera dejó intuir a su víctima la posibilidad de un ataque, ni le dio tiempo para que modificase su conducta y hablara.

Con un silbido escalofriante, la cadena describió un corto arco, antes de caer brutalmente sobre una de las manos que el hombre tenía posada sobre la mesa de despacho.

Un alarido de dolor escapó de los labios de Lawrence.

La cadena le había destrozado la mano izquierda, machacando la carne y rompiendo los huesecillos del metacarpo.

Pálido como un muerto, el hombre se cogió la mano destrozada con la válida.

—Creo que ahora va a contestar —sonrió Loko.

Estaba equivocado.

Mientras el dolor lacerante subía por su brazo, extendiéndose por el pecho, O'Connor reflexionó velozmente.

Sentía pena de que un hombre como Spencer no hubiese sido más cuidadoso al hablar de cosas secretas. Pero ya no había nada que hacer. Aquellos bárbaros estaban dispuestos a conocer la verdad, y era sencillo imaginar lo que harían cuando la supieran.

El éxito de la «Operación Supervivencia» estaba en sus manos.

Había soñado —¿y quién no lo habría hecho en su lugar?— poder asistir al renacimiento de una nueva humanidad. Estaba satisfecho, y casi orgulloso, de todos los esfuerzos que habían sido necesarios para buscar una escapatoria al final de un mundo condenado a muerte.

Y pensaba en las generaciones futuras que, habiendo aprendido una gran lección, conservarían la maravilla del mundo que sería suyo, devolviendo a la Naturaleza toda su singular belleza.

El era viejo, y no pensaba vivir mucho más de los diez años que

los supervivientes vivirían en las esferas; pero le hubiese bastado, antes de cerrar los ojos definitivamente, contemplar aquella salida, ver a los nuevos moradores del planeta... y morir tranquilo, con una hermosa sonrisa en los labios.

Sus deseos no podían cumplirse ya.

Si cedía y hablaba, la seguridad de las esferas se habría perdido para siempre, y con ello la única posibilidad que el hombre tenía de sobrevivir a la Gran Catástrofe.

No era valiente y temía al dolor físico.

Pero por encima del pánico anticipado que experimentaba ante los sufrimientos que le iban a ser impuestos, la fuerza que extraía de su integridad moral y de su idea del deber iban a serle, estaba seguro de ello, de una gran ayuda.

—¡Déjame a mí, Loko!

Juana se adelantó, sacando de uno de sus bolsillos un minúsculo cuchillo.

Acercándose al hombre, dijo, sin volverse:

—Vais a sujetármelo un poco. Y os voy a demostrar cómo se capa a uno de esos cerdos.

* * *

Dos esquinas más allá del lugar ocupado por la esfera número 8, Fred se despedía de Davinia.

La había llevado en su coche hasta las proximidades del refugio y, durante un buen rato, sentados ambos en el vehículo, guardaron un penoso silencio, sin apenas osar mirarse, no manteniendo más contacto que el de sus manos estrechamente entrelazadas.

Finalmente, no soportando más aquel silencio, Limmer se volvió hacia la muchacha.

—Tengo que irme, cariño —musitó con voz trémula—. Estoy citado con Arthur, y hemos de ir a nuestra esfera antes de que la cierren.

—Comprendo.

El se esforzó en sonreír, aunque sus labios no consiguieron dibujar más que una mueca.

—Todo irá bien, querida. Ya lo verás. Y el tiempo pasará mucho

más rápido de lo que parece.

—Eso espero.

—Además, estaremos en comunicación. Por radio y, cuando sea posible, por televisión.

—Desde luego.

Notó Limmer que ella estaba mucho más afectada de lo que había imaginado.

Sus manos estrecharon con mayor fuerza las de la muchacha y ella se volvió ligeramente para mirarle.

—Voy a tener un hijo tuyo, Fred.

El periodista dio un respingo.

—¿Cómo puedes saberlo?

—No lo sé, pero lo intuyo. Lo deseo con tanta fuerza que ha de ser verdad.

—Yo también lo quiero.

—Es natural; pero, ¿te imaginas que, si es cierto, va a nacer muchísimo antes de que puedas estrecharlo en tus brazos?

—Lo sé

—¿Y no te afecta?

—No digas eso, amor mío. Daría lo que fuera por no separarme de tu lado ni un solo instante. Pero debemos aceptar la realidad. Además, ¿quién podrá ser más feliz que yo al saber que tú estás al lado del niño?

Ella se rindió a la evidencia.

Sabía perfectamente que la honda desesperación que la embargaba no iba a serle de utilidad alguna. Las cosas eran como eran y nada podría cambiarlas.

Por otro lado, Fred tenía razón al afirmar que, dentro de lo malo, ambos poseían más de un motivo para considerarse como privilegiados. Se amaban y era muy probable que tuviesen un hijo.

¿Qué más podían desear?

Un instante, al pensar en toda la gente que estaba condenada a perecer, en las mujeres con niños o con esperanza de tenerlos, Davinia se sintió tremendamente egoísta.

Soltando sus manos de las del hombre, esbozó una sonrisa.

—Tienes razón, cariño. Anda, vete.

Se besaron larga y apasionadamente.

Momentos después, desde el coche, Fred vio alejarse la silueta

grácil de la muchacha.

Una vez solo, dio rienda suelta a la colérica desesperación que rugía en su interior.

—¡Maldita sea! —exclamó rechinando de dientes—. ¡Diez años sin verla, sin tenerla a mi lado!

Mordiéndose los labios, puso en marcha el vehículo, le hizo dar la vuelta y apretó el acelerador dirigiéndose hacia la ciudad de Los Angeles.

* * *

Todavía con la mente ocupada por reflexiones tristes, Arthur desembocó en la amplia avenida y se dirigió directamente al edificio del Palacio de Justicia.

Estuvo a punto de chocar contra una farola.

Porque, al aproximarse a la escalinata, vio los cuerpos sin vida de los policías, en medio de tremendos charcos de sangre. Consiguió, no obstante, frenar a tiempo, quedándose inmóvil, con los ojos fijos en aquellos muñecos dislocados que yacían sobre los blancos escalones del edificio.

—¡Diablo! —dijo estremeciéndose.

Pero ya estaba casi completamente repuesto de los efectos de la sorpresa. Además, su profesión le había enseñado a considerar las cosas con absoluta sangre fría.

Bajó del coche, dispuesto a enterarse de lo que había ocurrido allí.

No imaginaba, ni por asomo, la verdad. Más bien creía que alguien, furioso o enloquecido, había agredido a la guardia, alejándose luego de allí, tras haber satisfecho sus bajos instintos.

Lo que estaba ocurriendo en la ciudad era, en cierto sentido, bastante natural.

Desaparecida casi por entero la autoridad, sometida la población a un pánico de tipo apocalíptico, el salvajismo de algunos encontraba un camino libre de manifestación.

Siempre había habido pandillas y bandas en la gran ciudad, como en todas las ciudades del mundo.

Claro que, en el pasado reciente, las fuerzas policiales se bastaban

para controlar a los grupos de salvajes, la mayor parte de ellos bajo la nefasta acción de las drogas.

Junto a Fred, Moore había hecho infinidad de reportajes sobre los bajos fondos de Los Angeles, conocido y fotografiado a infinidad de pandilleros, cuyo deseo de aparecer en la prensa demostraba su carencia de moral.

Entre otros, el pelirrojo recordaba especialmente a los Bestias, la pandilla más peligrosa que había existido jamás, y cuyas fechorías habían causado serias preocupaciones a los estamentos directivos de la Policía.

Se encogió de hombros mientras ascendía por la escalinata.

¡Bah! Todo aquello iba a terminarse para siempre. Junto a muchas cosas buenas y hermosas que iban a desaparecer, al lado de personas que hubieran merecido sobrevivir, gente como los Bestias se convertirían en polvo, y nada podía causarle mayor satisfacción.

Al penetrar en el vestíbulo, se encontró de cara con los otros cadáveres, comprendiendo entonces que no se trataba, como había pensado en un principio, de un ametrallamiento en la calle, sino que era un verdadero asalto.

¿Con qué motivo?

Pensó en ello unos instantes, recordando entonces que en los sótanos del edificio se hallaba una gran cantidad de pastillas anti-C. Aquél era sobrado motivo para un asalto.

Todo estaba silencioso a su alrededor.

Tras unos instantes de duda, se decidió a subir por la escalera, impelido por una especie de extraña premonición. Tras haber recorrido las primeras plantas, llegó al rellano lateral del primer piso donde estaba ubicado el despacho de Lawrence O'Connor.

Se dirigió hacia allá.

Fue al ver la puerta destrozada cuando sus temores se incrementaron. Echando a correr, se precipitó en el interior de la estancia, viendo que todo estaba revuelto y desordenado.

No vio el cuerpo hasta que fue a situarse más allá de la mesa.

Tuvo que detenerse, pálido como un muerto, llevándose la mano a la boca para cortar la náusea que se enroscaba en su garganta.

El cuerpo semidesnudo del hombre yacía en el suelo, espantosamente mutilado. Entre sus piernas, una gran mancha de sangre demostraba la clase de martirio que le había sido impuesto

antes de morir.

Retrocediendo, Arthur abandonó velozmente la estancia.

CAPITULO VI

—¡Ya os lo decía! —gruñó Loko—. Este cerdo no podía decir nada porque nada sabía. ¡Menudo cuento nos has largado, Harold!

Spencer se mordió los labios.

Por encima del odio que sentía, no había podido por menos de admirar la entereza y el heroísmo del viejo O'Connor. Y aunque le enfurecía ver que sus amigotes no le creían, en el fondo estaba contento de que Lawrence hubiera guardado silencio.

Mientras los Bestias reían como locos ante las torturas que Juana infligía a su víctima, Harold había registrado cuidadosamente el despacho. Y cuando encontró aquel papel en uno de los cajones lo escondió en seguida en uno de los bolsillos de su cazadora de cuero negro.

Ahora —pensó— convenía «hacerse el longuis», disimular, proporcionando a la pandilla otros objetivos que calmasen su decepción.

—Está bien —dijo con aire contrito—. Me he equivocado. ¿Y si fuésemos ahora por las pastillas?

—¡Eso me gusta más!

Volvieron a tronar los motores de las motos, bajando por las escalinatas hasta que llegaron al sótano.

* * *

¡Tenía que avisar a Fred!

Era necesario informar a la esfera número 8 de la trágica muerte del coordinador. À los ojos de Moore, lo ocurrido era una verdadera catástrofe.

Bajó rápidamente las escaleras.

Y cuando se disponía a poner los pies en las losas de mármol del vestíbulo, un estrépito increíble le hizo volverse, justo a tiempo para

ver desembocar por la escalinata que descendía al sótano las potentes motos de los Bestias.

Los reconoció al instante.

También ellos le vieron y lo rodearon con sus máquinas ensordecedoras.

—¡Parad los cacharros! —gritó Loko.

Al volver el silencio, los tímpanos de Arthur dejaron de vibrar. Miró a los pandilleros, sin saber qué pensar, pero con un extraño presentimiento flotando en su alma.

El Fofo soltó una risotada.

—Pero... ¿os dais cuenta de quién tenemos delante, tíos?

—¡El mundo es muy pequeño!

—¡Un pañuelo!

Juana, con los ojos brillantes, bajó de la moto y se acercó al reportero.

—¡Hola, encanto! —le dijo contoneándose ante él—. La última vez que nos vimos, en aquella asquerosa comisaría, me hiciste unas fotos pochas... ¿Lo hiciste adrede, verdad? Me sacaste un tipo de furcia barata que daba asco. No me extraña que tu compinche, ese maricón de Fred, escribiera lo que escribió de mí.

Le miró de arriba abajo.

—¿Te has visto alguna vez en un espejo, cabrón?

Todos se echaron a reír.

—Ahora no parece tan valiente como en la comisaría —dijo Loko —. En el momento en que los alejas de los asquerosos polis que les protegen, estos imbéciles se muestran tal y como son. ¡Unos castrados de mierda!

—Lo que más me disgusta —dijo el Fofo—, es que este cabrito nos tratase de subnormales. Porque escribió eso, tíos. Decía que sólo los subnormales podían tomar drogas.

—¡El muy hijo de zorra!

—¡Un momento!

Todos miraron a Juana, que era quien había gritado.

—Tengo una idea formidable —dijo la muchacha con un brillo cruel en los ojos—. Todos estos cerdos hablan de la droga sin saber lo que es. ¿Qué os parece si le diésemos ima buena dosis? Entonces sabría lo que es un «viaje».

—¡Estupendo!

—¡Magnífico!

—¡Cuidado! Quiere darse el zuri... ¡Cogedle!

Moore, en efecto, había intentado escapar al círculo de los pandilleros. Dio un puñetazo al Fofo y lo derribó en el suelo, pero fue dominado con facilidad, golpeado, tirado al suelo, sujetado por brazos fuertes.

—¡Tapadle la nariz!

Juana se había arrodillado junto al prisionero. Hurgó en sus bolsillos, mientras sonreía.

—Empezaremos por cuatro «cargas» de LSD, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo!

—Ahora vamos a darle una buena docena de anfetaminas.

—¡Adelante!

Arthur se esforzaba en escupir los comprimidos, pero la chica le hundía los dedos en la garganta, introduciéndole por la fuerza las pastillas de diferentes colores.

Medio ahogado, tosiendo, con los ojos llenos de lágrimas, sofocado, Moore no tuvo más remedio que tragar todo lo que Juana quiso.

—Sujetadle un poco más. Dentro de diez minutos podréis soltarle.

—¡Y si lo llevásemos con nosotros? —preguntó Loko.

—No es mala idea —dijo Juana—. Cuando toda esa mezcla le haga efecto, será como si hubiera pertenecido a los Bestias desde que nació.

—¡Va a ser muy divertido!

—Yo le llevaré detrás de mi moto —dijo la muchacha.

* * *

Con el entrecejo fruncido, Fred miró de nuevo a la esfera de su reloj. Faltaban diez minutos para las doce de la noche.

Y a aquella hora, las esferas se cerrarían.

Definitivamente.

Miró de nuevo las calles desiertas, sin rastro del vehículo de Moore.

No podía esperar más.

Había pensado en todas las posibilidades que justificasen aquel

increíble retraso: las buenas y las malas. Pero no podía permanecer allí por más tiempo, a menos que quisiera quedarse fuera de la esfera.

Las órdenes dadas explicaban claramente que una vez cerrada la puerta de cada esfera, no volverían a abrirse hasta que los «medidores de contaminación» no asegurasen que las cosas habían cambiado en el exterior.

Limmer lanzó un suspiro.

Deseando tranquilizarse, llegó a la conclusión de que Arthur había tropezado con alguna dificultad y fue directamente a la número 13.

Subió a su coche y lo puso en marcha. Tenía el tiempo justo para llegar antes de que cerrasen. Puso el motor en marcha y, tras lanzar una triste mirada en derredor suyo, dirigió el vehículo hacia la autopista.

* * *

Dejando a los dos especialistas junto a la pantalla de radar y de televisión luchando por conseguir imágenes del insólito ataque a la esfera número 7, Fred se precipitó al ascensor, que le condujo en pocos segundos a la parte alta de la cúpula, donde se encontraba el Puesto de Mando de la esfera.

Cada esfera contaba con lo que había dado en llamarse un «triunvirato», formado por un coordinador-jefe, un técnico en controles generales y un asesor científico. Los de la esfera número 13 eran, por el mismo orden, Alfons River, Harry Loster y Cari Mensen.

Fred penetró como una tromba en el despacho en el que estaban reunidos los tres hombres. En pocas palabras, relató lo que habían visto en la sala de transmisiones.

Frotándose el mentón, el coordinador-jefe preguntó:

—¿Está seguro de que lo que vio era un «hongo»?

—Completamente, señor. Y eso, en principio, no es posible.

El rostro de River se oscureció.

—Lo es, desdichadamente. Poco antes de la hora en que se cerraron las esferas, hablé por radio con O'Connor. Ambos sabíamos que habían quedado algunas armas tácticas, atómicas desde luego,

sin destruir.

—¿Por qué?

—No hubo tiempo de hacerlo. Cuando se dio la orden, decenas de equipos de especialistas se lanzaron a la destrucción de esa clase de armas; pero, y todos lo sabemos, la moral general entró en picado cuando la gente empezó a hablar de que el mundo estaba irremisiblemente condenado.

»Lo mismo que aconteció con las fuerzas del orden, la mayor parte de los policías desertaron, yendo a sus casas para permanecer junto a sus familias, ocurrió también con los equipos.

»Lawrence me aseguró que tenía tiempo de sobra para destruir lo que quedaba en el depósito M, al sur de Los Angeles. Pero, como sabemos ahora, el coordinador general ha desaparecido.

—Y alguien se ha apoderado de esas armas.

—Así es. Lo extraño es que ese «alguien» debía estar muy cerca de O'Connor, ya que el coordinador general y unos cuantos más, todos ellos hombres de confianza, conocían la existencia de ese depósito.

—¡Hay que hacer algo, señores!

Todos miraron a Fred.

Eran hombres de edad, perfectamente formados, pero lejos ya de la fuerza de los impulsos de su perdida juventud. Desde el mismo instante en que se cerraron las esferas, aquellos «triunviratos» se dedicaron a organizar el futuro de los receptáculos, olvidando por completo el mundo exterior, como si ya hubiera desaparecido totalmente.

Pensaban más en el futuro, en los niños que nacerían, en la preparación de la gente, en los cuidados que habían de darse a todos los habitantes de las esferas, en espera de la llegada del sublime momento en que la humanidad tuviera una nueva oportunidad de ser.

—¿Y qué podemos hacer? —inquirió Harry Loster.

Fred les miró como si no les comprendiera. Las cosas estaban tan claramente dibujadas en su cerebro que no podía entender que aquellos hombres no se percatasen de la realidad del peligro que se cernía sobre la «Operación Supervivencia».

Pensó que lo mejor era arrojar las cartas sobre la mesa.

La esfera número 7 ha dejado de existir —dijo mirando fijamente

al trío— Pero eso no es más que el principio. «Ellos» van a seguir destruyendo más esferas. Aunque sepan que nada bueno pueden obtener de su barbarie, no dejarán una sola intacta.

—¡Cielos! Es verdad —dijo Cari Mensen.

River miró ansiosamente al periodista.

—¿Tiene usted alguna idea?

—¡La única que puede tenerse! —replicó Fred en voz fuerte—. ¡Puesto que nos atacan, hay que contraatacar! Hay que destruir a esos vándalos. O los destruimos… o ellos acabarán con nuestro proyecto al mismo tiempo, con la única oportunidad que le queda a la Humanidad.

—¡Atacarles! —inquirió Loster—. ¿Y cómo hacerlo?

—No hay mil maneras distintas —dijo Fred—. Hay que formar un comando, cuyo primer objetivo será la destrucción de lo que quede en el depósito M.

Alfons River se pasó la mano por la frente.

—¿Y quién va a ponerse a la cabeza de esa tropa?

—Yo, si me lo autorizan.

—¿Y la tropa?

—No habrá más remedio que echar mano a grupo de jóvenes de la esfera. Podemos armarle con facilidad. El resto correrá de mi cuenta.

—¿Va usted a limitarse a destruir lo que quede en M?

—Esa será la primera fase de la operación. Luego si esos canallas poseen aún alguna arma de ese tipo tendremos que quitársela.

—Será una lucha atroz.

Fred, sin poderlo evitarlo, lanzó a River una mirada cargada de sorna.

—A menos que desee usted que las esferas desaparezcan.

—No, eso no. Nunca. Está bien, amigo mío. Si los demás miembros del triunvirato están de acuerdo…

Los otros dos asintieron rápidamente con la cabeza.

* * *

—¡Fuego!

Arthur accionó el dispositivo eléctrico de la pieza. A cien metros

de distancia, el proyectil tardó centésimas de segundo en chocar contra el brillante muro de la esfera.

—¡Mierda! —exclamó el pelirrojo—. ¡Ni siquiera le han hecho mella!

—Ya os lo decía —intervino Harold—. Os previne que el material de esas malditas esferas resiste cualquier impacto.

Loko lanzó un gruñido.

Desde el momento en que comprobaron que la esferas estaban herméticamente cerradas y que la fabricación de pastillas anti-C no se llevaba a cabo en ellas, tuvieron que rendirse a la evidencia, convencidos de que Harold había dicho la verdad.

—Ahora comprendo... —dijo Loko en la reunión que tuvieron aquella misma noche en los locales de la Biblioteca de Los Angeles donde habían instalado su nuevo cuartel general—. ¡Menudos puercos! Para que luego vayan diciendo que son humanitarios... Han buscado la manera de salvarse, como las ratas que salen huyendo del buque que va a hundirse.

Harold pensaba exactamente como ellos, pero sus puntos de vista no iban más lejos que los que se relacionaban con su propia piel.

Lo demás le importaba un bledo.

Salvar la vida. Sobrevivir. Como fuera. Poder escapar a la terrible muerte que se cernía ya sobre la ciudad, que había apagado a la especie humana en el resto del mundo.

Escapar.

Pero, por el momento, para conseguirlo, necesitaba a los demás. Y tenía que plegarse al movimiento general, seguir a los otros, colaborar con ellos, por mucho que le pesara.

Más tarde ya vería.

—¡Todos queremos vivir! —gritó Loko—. Y nosotros lo merecemos más que esos viejales que se esconden en las esferas. ¡Esos sucios puercos!

Se volvió hacia Harold, sorprendiendo la sonrisa que flotaba en los labios de Spencer.

—¿De qué te ríes, tío? Tú sabes algo, y vas a soltarlo ahora mismo. Ya sabes que nos hemos excusado ante ti. Tenías razón en lo del viejales al que castramos en el despacho. Era cierto que las esferas estaban destinadas a salvar las vidas de unos cuantos asquerosos privilegiados.

Hundió la mano en uno de los bolsillos y se echó a la boca un puñado de «anfeto».

—Tú sabes cómo penetrar en esas esferas. Porque, si no podemos entrar en ninguna de ellas… ¡al menos las destruiremos! Y puesto que todo ha de desaparecer… ¡que todo se vaya a la mierda!

Harold hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

No tenía más remedio que revelar su proyecto secreto. Infalible, sin duda alguna. Basado en el medio más poderoso que existe para conseguir algo en la vida:

El Miedo.

—Sólo hay una forma —dijo, hablando muy despacio—. Destruir algunas esferas, hasta conseguir que el resto de las demás se cague en los pantalones, Entonces, si solicitamos que nos admitan, no tendrán más remedio que hacerlo.

—¡Muy bonito! —rió el Fofo—. ¿Y cómo quieres destruir esa basura? ¿No has visto cómo resiste: a los cañonazos?

—Hay otros medios.

—¿Cuáles?

—Proyectiles atómicos.

—¿Eh? —exclamó Loko—. ¡Estás mochales, tío! Todas las armas atómicas han sido destruidas.

—No todas.

—¿Qué quieres decir?

—Que quedan algunas en un depósito. Seguramente no les dio tiempo a acabar con ellas.

—¡Y tú sabes dónde está ese depósito?

—Sí.

Hubo un silencio cargado de expectación.

—Habla de una puñetera vez —ordenó Loko.

—Bien. Yo sé en qué lugar se encuentra ese depósito. No muy lejos de aquí. Pero quiero deciros algo antes…

—¡Suelta lo que sea!

—Ninguno de nosotros somos especialistas en armas atómicas.

—¡Un momento!

Se volvieron y vieron avanzar a Arthur con una extraña sonrisa a flor de labios.

—Yo hice el servicio militar en un «Atomic Center». Conozco al dedillo el manejo de las armas atómicas tácticas. Especialmente el

«H-bazooka».

—¿Qué mierda es eso?

—Verás, Loko. Es una especie de bazooka, como los que se utilizaron hace mucho tiempo, pero en vez de lanzar proyectiles convencionales, tira cohetes con punta nuclear.

—¿Peligroso?

—¿Para el que los tira? No. Se dispara a cinco mil metros. Después de la primera explosión, porque hay dos, una granada especial limpia el ambiente de radiación; destruye las partículas nocivas. Así, en una guerra de movimiento, puede emplearse sin peligro para las tropas que lo utilizan.

—¡Formidable! —exclamó el Fofo.

—Espera un poco —intervino Loko—. ¿Crees que se proyectil… o lo que sea, podrá destruir la pared e las esferas?

—¡Como si fueran de mantequilla, amigo! Además, al cabo de cinco minutos, puedes entrar dentro in ninguna clase de peligro.

Juana se pasó la lengua por los labios. —Deben tener de todo en esas malditas esferas. —Desde luego que sí. Y de lo mejor. Alimentos anti-C de todas clases, bebidas…

Loko asintió con la cabeza.

—Me gusta tu plan, macho —le dijo a Harold—. Treo que tienes toda la razón del mundo. En cuanto layamos hecho saltar por los aires unas cuantas esferas, los de las otras van a tener que cambiarse de calzoncillos tres veces al día…

—No puede fallar, Loko —repuso Harold—. Desde el Centro de Televisión de la ciudad, podremos enviar un ultimátum: las puertas de las esferas que queden se abrirán a nosotros. Y podremos sobrevivir. ¿Qué os parece?

—¿A qué estamos esperando?

—Un instante.

—¿Tú otra vez, Juana? ¿Qué quieres ahora?

Ella miró a Loko con unos ojos brillantes.

—Quiero advertiros una cosa. Ya sabéis que acuesto con quien me da la gana. Ninguno de vosotros, creo, puede quejarse de mí. Pero eso se acabó.

—¿Qué quieres decir?

—Que estoy chalada por Arthur. Y que de aquí en adelante sólo él me tendrá.

—¿Y nosotros? —se quejó el Fofo.

Juana le lanzó una mirada cargada de desprecio.

—Tendréis todas las chicas que queráis cuando entremos en las esferas.

CAPITULO VII

—Resumiendo…

—¡Un momento!

Fred se volvió y vio aparecer por la puerta al coordinador-jefe de la esfera. River estaba intensamente pálido.

Limmer lanzó un suspiro.

—¡Otra más, amigo mío! —exclamó, acercándose al lugar donde Fred se encontraba—. ¡La número 4 acaba de ser destruida!

Fred asintió con la cabeza.

Eran ya seis las esferas destruidas, inútilmente asaltadas. Y recordó lo que se había visto en las pantallas con motivo del ataque a la número 2: escenas horribles de violaciones, asesinatos crueles, llevados a cabo por seres humanos que más bien parecían animales salvajes.

—Está bien, señor River —dijo Limmer—. Justamente estaba dando las últimas instrucciones a los miembros del comando. Ya sabe usted que nos disponemos a salir dentro de una hora.

—Bien… bien…

Parecía como si River hubiese envejecido diez años en los dos últimos días. Igual les había ocurrido a los otros dos miembros del triunvirato.

Fred esperó a que el hombre abandonase la sala; luego, volviéndose hacia el grupo de treinta jóvenes que estaban sentados en bancos como colegiales en la escuela, esbozó una sonrisa.

—Espero que las palabras de nuestro coordinador —dijo—, os hayan demostrado una vez más que «ellos» han de ser destruidos, aniquilados.

Hizo una corta pausa.

—Ya no cabe la menor duda, por los registros de video que hemos conseguido, aunque las imágenes nunca fueron muy buenas, que los responsables de todas esas iniquidades son los Bestias.

«Conocí personalmente a esa gentuza hace cuatro años, al hacer un reportaje sobre la ola de criminalidad que entonces atravesaba nuestra ciudad.

»Y si ahora deseo hablaros de ello, es precisamente porque quiero que empecéis a conocer a los que van a convertirse, dentro de poco, en vuestro directos e inmediatos enemigos.

Se calló unos instantes, mientras paseaba sobre los oyentes una mirada detenida.

Sabía perfectamente que todos aquellos jóvenes habían sido seleccionados por su educación, su cultura y su alto sentido de humanidad.

Eran, todos, los que en argot popular puede calificarse de «buenos chicos».

Desde el primer momento en que le confiaron la misión de formar el comando, Limmer supo que iba a contar únicamente con muchachos que, por encima de cualquier otra cosa, odiaban la violencia.

¡Y era precisamente violencia lo que iba a exigirles!

—Los Bestias —siguió diciendo— no son únicamente gente tarada, producto, la mayor parte, de padres degenerados, llevando consigo una carga hereditaria altamente negativa.

«Nacidos en los barrios bajos de la ciudad, se educaron, si así puede traducirse el crecer, en un ambiente de crueldad, dentro de la ley de la calle, sin más objetivo de conseguir el poder y placer, sin que los medios para obtenerlos tuviesen la menor importancia.

»Si agregamos ahora el uso de drogas de todas clases, en mezclas increíbles, llegaremos a la conclusión de que los Bestias son máquinas de hacer daño, y que en ellos no debemos pretender encontrar la menor dosis de piedad o humanidad.

»Por eso hemos de aniquilarlos.

»Sin estar fuera, adivino que no son los ataques a las esferas lo único que los Bestias hacen. Esa pobre población que se sabe condenada a la muerte, es también la víctima propiciatoria de esos salvajes.

»De esta manera he llegado a la conclusión de que no basta destruir las armas que puedan quedar en el depósito M, sino que no podremos regresar a la esfera, ni tranquilizar a los ocupantes de las que quedan, sin darles la garantía de que los Bestias han desaparecido de la ciudad y del mundo.

Notó, con una cierta satisfacción, que sus palabras habían causado el efecto deseado, pero se preguntó si duraría mucho aquella

animosidad que contra los Bestias había intentado inculcar en sus «tropas».

—Ahora —terminó diciendo— no nos resta más que ponernos los trajes anti-contaminación y salir de la esfera. No olvidéis nada, especialmente las armas. Eso es todo.

Esperó a que los jóvenes abandonasen la sala y se sentó luego tras la mesa. Encendió un cigarrillo, aunque se aconsejaba fumar lo menos posible en el interior de las esferas. Pero lo estaba necesitando con verdadera ansiedad.

Se había comunicado un par de veces con la nùmero 8, aprovechando los mensajes dirigidos a las demás esferas. Y, naturalmente, había cruzado unas palabras con Davinia.

Su mayor preocupación había sido, desde que la violencia apareció, que los Bestias atacasen la número 8. Pensando en la desaparición de O'Connor, se había dicho muchas veces que él podría haber ocupado la vacante de Lawrence, pudiendo así vivir en compañía de la mujer a la que amaba.

Pero en aquellos momentos, se dijo, había cosas mucho más importantes que hacer, si es que deseaba verdaderamente impedir que los pandilleros terminasen con la única posibilidad que la humanidad tenía de sobrevivir.

* * *

—¡A por la número uno!

El Fofo lanzó una carcajada.

—¡Lo paso de miedo cada vez que asaltamos uno de esos huevos de cristal! —exclamó—. ¡Es la mar de divertido! ¡Y qué chicas se habían reservado esos maricones! ¿Recuerdas aquella rubita, Tunker?

El aludido, un verdadero gigante, con más de siete pies de altura y ciento diez kilos de peso, asintió con la cabeza.

—Yo me quedé con la morena, que estaba de miedo.

—Un momento, un momento... —intervino Harold—. Creo que estamos olvidando el verdadero objetivo de nuestros ataques. Yo, en vuestro lugar, enviaría el ultimátum.

—Harold tiene razón —intervino Juana que estaba recostada en

las piernas de Arthur—. El aire de esta ciudad está cada vez más corrompido y apenas si uno puede respirar.

Hizo una corta pausa.

—Todos nosotros hemos entrado en las esferas, y nos hemos dado cuenta de lo bien que se respira allí, lo limpio que está todo. Esos cabritos han pensado en todas las comodidades, mientras que nosotros nos estamos pudriendo aquí fuera.

Loko terminó de tomar unas cuantas anfetaminas antes de intervenir.

—Pienso como tú, Juana. Tenemos que dejar la calle y meternos en uno de esos huevos, como dice el Fofo.

Rieron.

Después, Loko, volviéndose hacia Harold, dijo:

—¿Cuándo quieres que enviemos el mensaje, tío?

—Cuanto antes, mejor. Estamos a menos de diez minutos de la Casa de la Televisión. Podríamos hacerlo ahora mismo.

—Está bien, pero no creo que sea necesario que vayamos todos. Coge a quien quieras y ve a enviar ese puñetero mensaje. Yo voy a dormir un poco.

—Arthur y yo iremos contigo, Harold… ¿verdad, amor mío?

—Como tú quieras, princesa —sonrió Moore.

Se pusieron en pie y empezaron a andar hacia la avenida donde estuvieron ubicados los servicios de Televisión de la ciudad de Los Angeles.

* * *

Hacía ya poco más de una semana que Juana había disminuido la dosis de droga que proporcionaba a su amante. En el fondo, con la experiencia que poseía, Juana sabía perfectamente lo mucho que las drogas afectaban a la virilidad de los hombres.

Se había preguntado, al principio, cómo diablos se había aficionado tanto a aquel muchacho: pensando en ello cada vez con mayor intensidad, llegó a la conclusión de que de todos los hombres que había conocido y eran muchos, Arthur era el primero que la trataba como a un ser humano.

Desde que a los catorce años fue brutalmente violada, en plena

calle, por la pandilla de los Monos, un grupo que luego fue destruido por los Bestias, ningún hombre había tenido hacia ella la menor consideración.

Juana había aprendido, en la dura ley del arroyo, a obtener, de vez en cuando, el placer que tan forzosamente estaba obligada a dar al primero que se lo exigía, pero incluso el gozo obtenido no podía compararse, en modo alguno, con el que había conocido, por vez primera, en los brazos del fotógrafo.

Aunque hubiese sido incapaz de decir si estaba verdaderamente enamorada, lo cierto es que se sentía irresistiblemente atraída hacia Moore y, si al principio, por su calidad de «prisionero», deseaba únicamente vengarse en él de todo lo que había sufrido —era la primera vez en su vida que podía tener un hombre a «su disposición»—, se vio pronto cogida en el cepo de sus propios sentimientos.

Por eso había empezado a drogar menos a su amante.

Tuvo que luchar, desde luego, con la rápida afición que Arthur había tomado a las drogas, pero demostrando una gran paciencia y una tremenda fuerza de voluntad, consiguió ir desintoxicándole poco a poco, no suministrándole más que drogas débiles, consiguiendo de esta manera lo que se había propuesto:

Ser amada como nunca lo fue.

* * *

Generalmente callado, manteniéndose apartado, sin intervenir casi nunca en las conversaciones del grupo, Arthur luchaba desesperadamente por recordar.

Se desesperaba al comprobar las grandes lagunas que existían en su memoria. Era evidente que las drogas habían afectado ciertas zonas de su cerebro, mucho más que en los otros, habituados desde hacía años a los venenos que tomaban.

Para Moore, la intoxicación había sido brutal y, de no haber poseído un organismo dotado de una extraordinaria fortaleza, habría sucumbido a las drogas... o se habría vuelto loco.

Caminando ahora del brazo de Juana, seguía luchando, con la misma desesperación de siempre, intentando llenar el vacío de su

cerebro, ya que era incapaz de recordar nada que no estuviese ligado a su vida actual, al lado de los Bestias.

Cuando pensaba en los asaltos a las esferas, en los actos de violencia que se desencadenaban en su interior, en el asesinato en masa de sus ocupantes, en las violaciones y crueldades, experimentaba un positivo placer, y entonces le parecía como si hubiese pasado toda su vida al lado de sus nuevos compinches.

Pero a veces, en contadas ocasiones, algo interior, que no podía ni identificar ni definir, llenaba su alma de amargura y los reproches cruzaban su conciencia como dolorosos y envenenados dardos.

Llegaron finalmente al edificio de la Central de Televisión y penetraron en él. Como en todos los centros oficiales de la ciudad, no quedaba nadie en su interior. Salas, escaleras y pasillos estaban absolutamente desiertos. Minutos más tarde, penetraban en la sala de emisiones...

Fue entonces cuando Harold lanzó un juramento soez, volviéndose hacia ellos.

—¡Maldita sea! —gruñó luego—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Enviar el mensaje —replicó Juana.

—¿Y cómo? ¿Quién demonios sabe manejar esos asquerosos aparatos? Deberíamos haber preguntado si alguno de los muchachos...

—Yo.

Harold miró fijamente a Moore.

—¿Qué has dicho?

—Yo sé manejar esto.

—¿De veras?

—Sí.

Harold esbozó una sonrisa divertida.

—¿Y dónde aprendiste a hacerlo, macho?

La frente de Arthur se cubrió de arrugas, al tiempo que entornaba los ojos, en intensa reflexión, buscando afanosamente la respuesta a la pregunta que Harold acababa de formularle.

Finalmente movió la cabeza.

—No lo recuerdo.

—¿Y qué importa eso? —intervino Juana—. Lo importante es que sepa enviar el ultimátum. ¡Eres un cielo, cariño!

—Seré yo quien hable —dijo Harold—. El no tiene más que poner

en marcha esos condenados aparatos.

Moore lo hizo. Estaba sorprendido de ver sus manos realizar gestos sin control directo de su voluntad, como si sus dedos supieran algo que él mismo ignoraba.

Se encendieron los monitores, y cuando Moore estuvo seguro de que todo estaba preparado, le dijo a Harold.

—Ponte delante de esa cámara y habla.

—¿Me oirán los de todas las esferas?

—Sí. Te oirán y te verán.

—Está bien —dijo Harold acercándose a la cámara.

* * *

—Papá…

—¿Sí, Davinia?

—¿Qué vamos a hacer, padre?

Sonriendo, el profesor Clark acarició tiernamente la larga cabellera dorada de su hija.

—Todo se arreglará, pequeña. Ya sabes que Fred y sus hombres han abandonado la esfera número 13, y van a impedir que esos malvados prosigan destruyendo más esferas.

—¿Y si los derrotasen?

—No lo creo. Ese muchacho es muy listo y no le falta decisión.

—Pero los otros…

El profesor se mordió los labios. Comprendía lo que Davinia quería decir. La cuidadosa selección de los jóvenes, hombres y mujeres, destinados a sobrevivir, había tenido en cuenta la bondad de los sentimientos, la profunda humanidad del carácter.

—Todo saldrá bien —repitió sin expresar ni mucho menos un convencimiento que no sentía.

—¡Profesor!

Se volvieron. Alfred Simenson, el astrofísico, había penetrado en la estancia de Davinia, donde su padre había ido a verla unos instantes.

—¿Sí?

—¡Se están comunicando con nosotros! ¡Venga, por favor!

Le siguieron y fueron rápidamente a la gran sala de

transmisiones. Allí estaban todos los miembros del comité científico, con los ojos abiertos, fijos en la pantalla en la que se veía el rostro de un hombre joven, cuya expresión de odio no necesitaba comentario alguno.

—Pero... —empezó a decir Clark.

—¡Silencio! —gritó alguien.

La voz procedente de la pantalla llegó hasta ellos.

—Voy a repetir las condiciones —dijo Harold—. Queremos ocupar una de las esferas... nosotros solos con algunos hombres y mujeres que estarán a nuestro servicio. Los demás ocupantes de esa esfera habrán de abandonarla. Ahora... —y se vio que miraba a su reloj de pulsera— son las diez y media de la mañana. A las cinco de la tarde, enviarán un mensaje con la decisión que hayan tomado. Si es positiva, nos dirán qué esfera desean que ocupemos, y ésta deberá estar abierta dos horas más tarde...

Los científicos, pálidos como muertos, bebían las palabras de Harold.

—Sí, por el contrario, se niegan a nuestras pretensiones —siguió diciendo la imagen—, proseguiremos el ataque a las otras esferas, destruyéndolas todas en menos que tarde en decirse. ¡Eso es todo!

La imagen desapareció, ennegreciéndose la pantalla.

—¡Cielos! —exclamó Torrens—. ¡Estamos perdidos!

—¿Y nuestro comando? —inquirió Davinia con un tono desafiante en la voz.

Nadie la escuchaba.

Incluso su padre, que tan optimista se había mostrado poco antes, se enfrascó en una charla animada con los otros, tremendamente afectado, como los demás, por lo que acababa de oír.

—Seamos realistas —dijo Olmer, el médico—. Todo lo que hemos hecho puede venirse abajo y destruir la única oportunidad que la humanidad tiene de sobrevivir.

—Eso es.

—¿Por qué no entregarles una esfera? Después de todo, es un mal menor, ya que quedarán algunas más para llevar a cabo lo que nos hemos propuesto.

—Vamos a consultar con las otras esferas. Creo que lo más lógico sería hacerlo a suertes. De esa manera, nadie podrá sentirse discriminado.

Davinia retrocedió, horrorizada, sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

Se pusieron en marcha las pantallas de TV, estableciendo una rápida comunicación entre las esferas que quedaban. Todas ellas habían oído el mensaje, y un pánico general se había apoderado de los hombres y mujeres que estaban en ellas.

De todos modos, la sensata proposición de la número 8 pareció ser aceptada por unanimidad, pro- cediéndose inmediatamente después al trágico sorteo, que se hizo, ante las pantallas de TV, sirviéndose para ello de uno de los ordenadores.

Con voz trémula, Konrad Clark fue quien anunció lo que la suerte había determinado.

—La esfera que entregaremos... es la número 13.

Davinia tuvo que apoyarse en la pared para no desplomarse. Sus manos, en un gesto instintivo, se apoyaron en su vientre. Ahora ya sabía que estaba encinta.

CAPITULO VIII

—Despacio... ve frenando...

Habían utilizado los coches eléctricos que en gran cantidad había en la ciudad, abandonados por todas partes. Atravesaron velozmente Los Angeles, dirigiéndose hacia el sur, hacia los alrededores de San Pedro, donde estaba ubicado el depósito «M».

El aspecto que ofrecía la gran ciudad era sencillamente alucinante.

Acabadas las reservas de alimentos anti-C, el hambre había impulsado a los desdichados habitantes a consumir los alimentos que estaban almacenados en almacenes y supermercados.

Los muertos se contaban por cientos de miles.

Tendidos en las calles, en posturas grotescas, aquellos a los que la muerte había sorprendido bruscamente eran, en el fondo, los más afortunados. Otros, en sus casas, junto a sus familias, sufrían una lenta y cruel agonía, envenenados por los alimentos repletos de mortíferas bacterias.

La desesperación de un final fatal había hecho caer toda clase de barreras, y los miembros del comando contemplaron con horror, en muchas calles y plazas, parejas que, empujadas por un último deseo, habían decidido esperar la muerte haciendo el amor.

—Despacio...

Los vehículos penetraron en el recinto.

Saltando a tierra seguido por sus hombres, Fred no tardó en encontrar los silos en los que se almacenaban las armas atómicas tácticas. Una simple ojeada le demostró que los Bestias habían utilizado un cierto número de H-bazookas, que correspondía exactamente a las esferas destruidas, aunque faltaba otra de aquellas armas.

—Hemos tenido mucha suerte —dijo—. Esos canallas no tienen más que un H-bazooka más.

—¿Y cómo podemos inutilizar todos éstos? —preguntó uno de los jóvenes—. Si los hacemos explotar, puede ser muy peligroso.

Fred sonrió.

—No es necesario explosionarlos —dijo—. Tuve que hacer el servicio militar en una unidad de defensa atómica táctica, junto a un viejo amigo...

El recuerdo de Arthur Moore le llenó bruscamente de tristeza. Mil veces se había preguntado qué había sido de Arthur, pero el tiempo transcurrido desde su desaparición le hacía prever lo peor.

—No perdamos tiempo —dijo como si desease desprenderse de las tristes ideas que habían invadido su mente—. Vais a ir pasándome las armas. Yo me limitaré a quitarles el cebo electrónico, que luego arrojaremos al mar.

* * *

—¡Mira, Juana!

—¿El qué, cariño?

Arthur le mostraba un viejo periódico que acababa de recoger en la calle. Las fotos de la primera página le hicieron recordar que era él quien las había hecho, y no tuvo más que leer el artículo que las fotos ilustraban, para recordar inmediatamente a alguien en el que no había vuelto a pensar.

—¡Esto lo escribió Fred!

—¿Quién es?

—Un amigo mío. El mejor. Como un hermano...

Juana se encogió de hombros.

—Olvida todo eso, mi amor. Yo ya sé que eras fotógrafo. Pero entonces pertenecías al mundo de los cerdos. Y, ¿sabes una cosa? Un día nos fotografiaste en una comisaría... No quiero recordarlo porque me sacaste muy mal. ¡Parecía una prostituta!

Arthur no dijo nada. Dejó caer el periódico y entornó los ojos. Lentamente, retazos del pasado iban surgiendo en el fondo de su conciencia. Y a medida que los recuerdos se concretaban, uniéndose los unos a los otros como las piezas dispersas de un rompecabezas se iba sintiendo tremendamente desgraciado, ya que comprobaba que había sido un muñeco en manos de aquellos monstruos, un juguete sin voluntad alguna.

Contuvo la rabia que explotó en su interior, diciéndose que no podía cometer un nuevo error.

Ahora recordaba su encuentro con los Bestias en el Palacio de Justicia, el terrible asesinato de Lawrence O'Connor, y no tardó mucho en deducir que su estado, su amnesia y todo lo que había hecho después, era el producto de la intoxicación que aquellos canallas habían utilizado para dominarle.

—Tengo muchas ganas...

Miró a la mujer, y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para que su rostro no reflejase el asco que su presencia le producía. ¿Cómo había podido...?

—Te acabo de decir que quiero hacer el amor, Arthur.

Moore se mordió los labios.

Se le revolvía el estómago de sólo pensar que había podido cohabitar con aquella sucia e inmoral mujerzuela, pero algo le decía que, si no la calmaba una vez más, todo lo que acababa de descubrir y lo que podía hacer de una forma consciente, se vendría ruidosamente abajo.

—¿Vamos? —insistió ella.

Se puso en pie, cogiéndola de la mano. Juntos se alejaron, no mucho, de los Bestias, que dormitaban bajo los efectos de la droga.

Menos Harold.

Con los ojos abiertos, Spencer soñaba ya con la posibilidad de seguir viviendo. Después, cuando fuera posible salir de las esferas, teniendo a sus órdenes a hombres como los Bestias, ¡podría aspirar a convertirse en el dueño del futuro del mundo!

* * *

Baxter, el joven del comando encargado de las transmisiones por radio, manejaba, sentado en uno de los coches, su complicado aparato.

Fred terminó de arrancar de las entrañas de los proyectiles atómicos el dispositivo electrónico de disparo. Otros jóvenes iban cargando los aparatos en un coche, para ir a arrojarlos al mar cercano.

—¡Fred!

Limmer se dirigió hacia el coche en el que estaba Baxter.

—¿Sí?

Notó en seguida la palidez del rostro del joven.
—Han enviado un ultimátum, Fred. Desde la Casa de la Televisión.
—¿Y bien?
—Se ha celebrado un consejo general entre los coordinadores de las esferas.
—Sigo sin entender, ¿qué querían los Bestias?
—Una esfera.
Fred sonrió.
—Eso demuestra que desean seguir viviendo. ¿Y qué más?
—Los «viejos» han cedido.
—¿Qué quieres decir?
—Han hecho una especie de sorteo para entregar una esfera a esos…; a esa gente. La suerte ha caído sobre la 13, la nuestra. Van a entregársela esta tarde.
Limmer lanzó un resoplido.
—¿Es que se han vuelto locos? Entonces, ¿para qué diablos nos han enviado a luchar contra los Bestias?
—Alfons River ha hablado personalmente conmigo. Me ha dado la orden de regresar inmediatamente.
—¿Regresar? ¿Para qué? ¿No van a entregar nuestra esfera?
—No sé qué pensar.
—¡Pandilla de imbéciles! ¡Asquerosos cobardes! ¿Cómo se atreven a sacrificar así a un montón de gente? ¿Creen acaso que más tarde, cuando se pueda salir de las esferas, los Bestias se habrán transformado en personas decentes y normales?
Baxter guardó silencio.
Fred estaba frenético. De haberse encontrado en la 13, ¡le habrían oído!
De repente, al tiempo que recobraba su sangre fría, se permitió el lujo de esbozar una sonrisa.
—¿A qué hora van a entregar la 13?
—A las siete. A las cinco comunicarán su decisión a los Bestias.
—Comprendo. A las cinco, entonces, los Bestias estarán en la casa de la Televisión. ¿Te das cuenta de lo que eso significa, Baxter?
—¿Quieres que los ataquemos entonces?
—¡Naturalmente! Llama a los demás. Vamos a prepararles un cepo del que ninguno de ellos escapará…

* * *

—Harold.

—¿Sí, Loko?

—¿Tú te fías de esos puercos?

—¿Qué quieres decir?

—He estado pensando... Por una parte, estoy seguro de que van a ceder. Después de todo, son una asquerosa pandilla de cobardes.

—No lo dudes.

—Pero ahora saben algo concreto.

—¿El qué?

—Que vamos a recibir su respuesta en la Casa de la Televisión.

—¿Y qué?

Loko no contestó. Se llevó a la boca un puñado de anfetaminas, que se tragó de golpe. Luego volvió a mirar a Harold. La doble dosis de LSD que había tomado dos horas antes hacía que la cara de Spencer tuviese un hermoso color verde.

—Pueden tendernos una trampa.

Harold se echó a reír.

—¿Esos vejestorios?

—No todos son viejos. Sólo hay unos pocos ancianos. El resto está formado por parejas jóvenes.

—Pero los viejales son los que deciden.

—No estoy seguro...

Miró más allá del lugar donde se encontraba Harold. Muy juntos, abrazados, Arthur y Juana se besaban con pasión. La pareja, a los ojos de Loko, flotaba en una neblina intensamente azul.

—Creo que quieren jugárnosla.

—¡Es una tontería!

—No estoy seguro, es cierto, pero prefiero no correr riesgos.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

—Es muy sencillo. No iremos a la Casa de la Televisión.

—¿Cómo? En ese caso, no sabremos si aceptan o no nuestro ultimátum.

—Lo sabremos.

—¿De qué manera?

—Iremos directamente ante la 13. Arthur llevará preparado el

cacharro. Desde fuera, les diremos que se vayan. Y si no lo hacen...

—Destruiremos la esfera, ¿no es así?

—Así es.

—Y volveremos a las andadas.

—No lo creo. Ellos saben que queremos una esfera. La 13 es la que está más cerca de nosotros. ¿Qué importa el número? Ninguno de nosotros, que yo sepa, es supersticioso.

Se echó a reír.

—Ya verás como nos los metemos en el bolsillo, Harold.

Spencer torció el gesto.

—No estoy de acuerdo contigo, pero tú eres el que manda.

Loko volvió a ingerir un par de pastillas.

—¿Qué dices tú, Arthur? —inquirió dirigiéndose a la nube rosa que formaban el joven y Juana.

—Creo que tienes razón, Loko. Podemos esperar aquí hasta las cinco. Luego iremos delante de esa puñetera esfera, y haremos lo que dices.

—¡Eres un chico listo!

Moore no dijo nada. Las cinco. La hora decisiva. Mientras volvía a besar a Juana, su mano derecha acarició la culata de aluminio del H-bazooka que tenía a su lado.

* * *

Seguido por Baxter, Fred se detuvo en el centro del gran vestíbulo.

—Ya hemos distribuido a los hombres —dijo—. Los Bestias tienen que entrar forzosamente por aquí. Y en cuanto atraviesen el hall, los acribillaremos a balazos.

Baxter asintió con la cabeza.

—No va a quedar ni uno para contarlo —dijo sonriendo—. Pero lo que tengo ganas de ver, es la cara de los viejos.

Fred lanzó un bufido.

—No entiendo cómo han podido dar crédito a los Bestias. ¿Te imaginas lo que ocurriría dentro de diez años, si los Bestias hubiesen permanecido en una esfera?

—No quiero pensarlo.

—Yo, sí. En ese lapso, tendrían el tiempo suficiente para formar un ejército de matones. Porque no creas que iban a ocupar la esfera solos. Echarían a unos cuantos, pero se quedarían con jóvenes, hombres y mujeres, a los que convertirían en drogados como ellos, preparándolos, cuando llegase la hora para adueñarse de la pequeña humanidad que hubiese sobrevivido.

—¡Terrible!

—Pero cierto. Y de nada hubiesen servido todos los esfuerzos. De nada. Porque la historia de la humanidad futura sería aún más decepcionante que la de la que muere ahora.

Echó una ojeada al reloj.

—Vamos a ocupar nuestros puestos, Baxter, Faltan sólo diez minutos para las cinco.

* * *

Había llegado el momento.

—¡Las cinco menos cinco! —gritó Harold.

Los Bestias se pusieron en pie con aire cansino pero con los ojos brillantes.

—¡A divertirse, tíos! —exclamó Loko.

Se dirigieron hacia las enormes motocicletas.

Con el arma en la mano, Arthur se apartó de Juana.

—¿Dónde vas, amor mío?

—A orinar, cariño, si me dejas...

La mujer se echó a reír y prosiguió su camino hacia las máquinas.

Moore se alejó unos cuantos pasos más. Estaba mortalmente pálido. También él hubiera deseado seguir viviendo, buscar a Fred, quien seguramente estaba en la 13, la esfera que los Bestias se disponían a ocupar o a destruir.

Su índice rozó el gatillo.

Podía hacerlo así, sin avisar, por sorpresa. Pero les odiaba demasiado como para procurarles un final anónimo.

—¡Eh! —gritó con todas sus fuerzas.

Estaban ya junto a las motocicletas. Se volvieron, mirándole, con aquella estúpida sonrisa a flor de labios.

—¡Vamos, cariño! —gritó Juana.

—¡Imbéciles! —aulló Moore—. ¡Aquí se ha acabado la carrera de los Bestias! Vais a morir...

—¿Qué tonterías estás diciendo? —preguntó Loko.

—Vais a morir. Yo también..., pero no importa. Cualquier cosa antes de que la basura que sois siga existiendo.

—¡Amor mío!

—¡Quieta, zorra! No sabes el asco que he pasado a tu lado. Pero ha merecido la pena... porque pensaba hacer esto: destruiros para siempre.

—¡Cogedle!

Tres de los Bestias se separaron velozmente de las motos y corrieron hacia Arthur.

El joven sonrió.

—¡Id al infierno! —rugió—. ¡Y espero que no nos encontremos allí!

Apretó el gatillo.

* * *

El edificio se estremeció hasta los cimientos. Fred, con la metralleta en las manos, miró hacia el rincón donde estaba Baxter.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió el joven.

—La explosión del último H-bazooka que tenían esos perros.

—Pero...

—Han debido destruir la 13. ¡Vamos!

Gritaron, llamando a los otros. Salieron de estampida, corriendo hacia los coches que habían dejado al otro lado de la avenida.

—¡Aprisa!

Fred miró hacia el cielo. Una nube negra, en forma de hongo, señalaba el lugar de la explosión.

Se pusieron los motores en marcha, y la hilera de vehículos salió disparada hacia aquella extraña nube.

—¡Malditos! —rugió Fred.

—Nos equivocamos al pensar que iban a venir a la Casa de la Televisión.

—Sí. Son más astutos de lo que parecen, pero ahora vamos a terminar este asqueroso asunto de una vez para siempre.

—¡Los destruiremos!

—Desde luego. Ahora ya no tienen arma atómica alguna. Será una lucha a tiro limpio.

Los coches desembocaron bruscamente en el lugar de la explosión.

Un gran círculo negro mostraba el sitio donde la energía del átomo se desencadenó. La destrucción había sido completa, pero proyectadas por la fuerza de la deflagración, un par de motocicletas, convertidas en hierros retorcidos, yacían fuera del círculo abrasado.

—¡Cielos! —exclamó Baxter.

—Es curioso… Ha debido explotarles el proyectil.

—No se ven los cuerpos.

—Se han desintegrado, ¡Justo final para los Bestias! Reducidos a polvo…

Baxter lanzó un profundo suspiro.

—Esto se terminó, Fred.

—Sí. Ha sido como una terrible pesadilla, pero terminó, como ellas, de una manera inesperada.

—¿Regresamos?

—Sí.

—¿Y los viejos?

Fred se echó a reír.

—Vamos a darles una buena sorpresa, pero no discutiremos con ellos. Después de todo, sólo les guiaba el defender a lo que de la humanidad queda.

—Es verdad.

—Muchos de ellos morirán antes de que se abran las esferas. Y por eso hemos de respetarles. Porque han luchado para garantizar el renacimiento de un mundo que no conocerán.

EPILOGO

—¿Y bien?

El rostro del profesor Clark aparecía en la pantalla, sonriente, con los ojos relucientes como gemas bajo un rayo de luz.

—Hijo mío...

—¡Por favor, profesor!

—Cálmate. Todo ha ido perfectamente bien.

—¿Davinia?

—En excelente estado.

—¿Y...?

—¿El niño?

—Sí.

—Muy bien. Estupendo. Estoy loco de alegría.

—Pero...

—Sí, ya lo sé. Están terminando de instalar una cámara y una pantalla en el cuarto de Davinia. ¡Un poco de paciencia, Fred!

—Debería haber ido a su lado.

—Ya sabes que no ha sido posible. Lo pensamos, pero no era factible. La contaminación se ha duplicado, aunque Simenson afirma que es natural y que, dentro de un par de años, cederá su fuerza. De no haber sido así, hubieras venido a la 8.

—¡Tengo ganas de verla!

—Espera... creo que ya me avisan, te paso la transmisión. Estoy muy contento de ser abuelo.

Líneas onduladas borraron la imagen del profesor. Momentos después, tras algunas vacilaciones, apareció en la pantalla el rostro sonriente de la mujer.

—¡Davinia!

—Hola, amor mío. Ya está.

—Lo sé.

—Es un niño hermoso. Espera. Voy a cogerlo en brazos para que lo veas.

—Ten mucho cuidado.

Apareció el niño, y Fred sintió que un agradable calor le recorría el cuerpo. Y al volver la imagen de Davinia:

—Es muy guapo.

—Como tú. El primer niño que nace en las esferas. El primer miembro de la nueva humanidad.

Fred lanzó un suspiro.

—La primera semilla de la esperanza, amor mío. Ojalá su mundo no se parezca en nada al nuestro, a no ser en que el amor domine a los demás sentimientos.

—Así será, Fred.

—Desde luego. ¡Déjame verlo otra vez! Es el primer niño de la nueva humanidad, el primer habitante de un universo limpio. Es, querida Davinia, ¡el HOMBRE-CERO!

FIN